

Cuando consideramos que la Revolución cubana —esa acción sostenida durante largo tiempo por una nación de solo once millones de habitantes— ha sobrevivido 45 años contra todos los pronósticos, enfrentando con éxito la enemistad declarada, el cerco político internacional y el bloqueo económico impuestos por los EE.UU., así como los siempre renovados intentos de subvertir y derrocar el orden postrevolucionario por parte del poder económico y militar más preponderante del mundo, incluso este simple hecho pone de relieve inevitablemente la magnitud y el duradero significado de la aún activa intervención cubana en el proceso histórico de nuestro tiempo. Somos todos contemporáneos de un logro cuyos ecos llegan mucho más allá de los confines del tendenciosamente manipulado «hemisferio americano», para ofrecer también al resto del mundo su mensaje de esperanza.

En 1999, tres años antes de que el gobierno norteamericano emitiera el ominoso decreto de que Cuba pertenece al «eje del mal»², e imaginando la eliminación del «círculo vicioso» cubano en la fase inicial de este «nuevo Siglo Americano» que tan agresivamente se promueve, escribí en la introducción a *Socialismo o Barbarismo*:

CU BA:

«Estamos a punto de terminar el siglo XX, descrito por los apologetas más expresivos del capital como 'el Siglo Americano'. Se da voz a esta visión como si la Revolución de Octubre de 1917, o las Revoluciones china y cubana, no hubiesen ocurrido nunca, como si en las décadas siguientes no hubiesen ocurrido las luchas de liberación de los pueblos colonizados, sin olvidar la humillante derrota sufrida por los poderosos EE.UU. en Viet Nam. En verdad, los acérrimos defensores del orden establecido prevén confiados que no solo el próximo siglo, sino el próximo milenio completo, estará destinado a conformar las reglas inviolables de la «Pax Americana».³

Para estar seguros, todos los que se comprometen en el fútil propósito de reescribir la historia se niegan a admitir incluso lo evidente; a saber que los grandes acontecimientos históricos, como los antes mencionados, no pueden soslayarse intencionalmente para satisfacer las contingencias políticas del momento. Tales acontecimientos emergen de contradicciones sociales fundamentales, y de ningún modo pueden perder su relevancia histórica y su actualidad, mientras sus determinantes profundas no sean atendidas de una manera positiva y duradera en una etapa más avanzada del desarrollo. Ni siquiera cuando pensamos en esa especie de inversión capitulatoria general que hemos visto en la antigua Unión Soviética.



István Mészáros
Hungria

¿Nos atreveremos a pensar en los próximos 45 años? La respuesta solo puede ser una: Tenemos que hacerlo, pues los cambios históricos a que nos hemos referido son de tal magnitud que, aunque inmediatamente produzcan un dramático impacto, solo se consuman plenamente desde una perspectiva a largo plazo. Tanto más porque el bien atrincherado adversario histórico ajusta siempre sus propias estrategias —constreñido únicamente por los límites últimos de sus determinaciones sistémicas— para anular cada movimiento de su contrario progresista. Y esto es así, aunque los ajustes impliquen hacer concesiones temporales más o menos reformistas, o, por el contrario, emplearse con violencia en las más destructivas batallas. Por esta razón, la idea propuesta por Kruchov de una «competencia pacífica» con la producción capitalista, como una valoración de los objetivos del contrario mutuamente aceptada era, cuando menos, en extremo ingenua, cuando el verdadero reto histórico era nada menos que establecer una alternativa hegemónica radical frente al orden social capitalista. El antagonista capitalista firmemente establecido nunca se hizo ese tipo de ilusiones por las que se paga un alto precio.

En este contexto, no debemos olvidar que si existen dudas con respecto a Cuba en los próximos 45 años, esa misma duda se cierne sobre el futuro de toda la humanidad.

LOS PRÓXIMOS 45 AÑOS

Pues en la etapa actual del desarrollo histórico del capitalismo, a consecuencia de la profundización de la crisis estructural del sistema, es necesario retractarse no solo de las concesiones reformistas —como de hecho se está haciendo— incluso en los países capitalistas más avanzados, sino también, dada la insuficiencia crónica de las soluciones productivas disponibles, de esa irracionalidad mortal que tan ampliamente se proyecta en el horizonte, tratando de imponerse como la solución racional a todos nuestros problemas, y que consiste en comprometerse en la guerra más destructiva a escala mundial.

Cuba es la puerta contigua a los EE.UU. y estos pueden llegar militarmente a ella con mucha facilidad. Sin embargo, es obvio que esa misma elección de un objetivo sin obstáculos y fácil de alcanzar, se prepara activamente —tanto para el chantaje, incluido el chantaje nuclear, como para desencadenar una acción militar devastadora— incluso contra objetivos en los más remotos confines del mundo. El antiguo «Proyecto Guerra de las Galaxias» puede hacerse pasar aún por un «escudo defensivo», aunque en realidad no tuviese nada que ver con la defensa.

continúa en la página 10

PÁGINA **04**
VIDA
Intermitente
Reinaldo García Blanco

PÁGINA **06**
CAMBIO
de paradigma
Carlo Frabetti

PÁGINA **08**
DOGVILLE:
la historia del
fin del mundo
José Steinsleger

PÁGINA **09**
Edición
literaria en España
Constantino Bértolo

LA TELEVISIÓN Y LAS

IDEAS

Atilio Borón
Argentina

DE
BOLSILLO

Voy a plantear algunas reflexiones tal vez un poquito desorganizadas sobre el mercado de las ideas. En primer lugar la perplejidad que me produce el tema. Uno pensaba que no habría tal cosa o que no debería haber tal cosa, sin embargo, de alguna manera, aparecen las ideas metidas en un mercado y no me cabe ninguna duda de que esto tiene que tener una intención crítica, absolutamente. Celebrado en Cuba este evento, y organizado en el contexto de la Feria del Libro de La Habana, indudablemente que es una crítica a la concepción del mercado de ideas y al mismo tiempo un diagnóstico: las ideas se han vuelto artículos mercantiles y, por lo tanto, están sometidas, tal vez con una especificidad que les es propia a la dinámica misma de los mercados, y eso da lugar a que uno intente hacer un examen para ver cuáles son las implicaciones que puede tener este proceso de mercantilización.

Como punto de partida arrancaré recordando muy brevemente el tema de la función del intelectual y me remito a aquella clásica distinción de Gramsci entre los intelectuales orgánicos y los tradicionales, para definir cuál puede ser la función de los intelectuales en este mundo de ideas mercantilizadas. Gramsci recordaba que todos los seres pensantes, de alguna manera somos intelectuales; solo que algunos, por la división social del trabajo, asumen esto como una responsabilidad especial, como una especialización de su labor que los marca de manera muy clara, y, este intelectual, el intelectual orgánico, sería aquel que está directamente vinculado con la elaboración de una dirección intelectual y moral que de alguna manera perpetúe el sometimiento de las masas a las clases dominantes.

La función del intelectual orgánico en una estructura de dominación es crear las condiciones para perpetuar esa dirección intelectual y moral que es un complemento imprescindible de la represión que en última instancia se desata cuando este mecanismo anterior ya no funciona, o sea, en la medida en que los mecanismos de carácter persuasivo, para decirlo de alguna manera, se muestran insuficientes para contener protestas, reivindicaciones, demandas, de los de abajo, empiezan a funcionar otros mecanismos, pero a mí me parece que siempre hay que tener en cuenta la centralidad que tiene la dominación ideológica, porque en el fondo, cuando uno hace un análisis sobrio del funcionamiento de los estados capitalistas, sobre todo en el mundo desarrollado, que siempre es un patrón muy interesante de comparación. Sería muy difícil llegar a demostrar que en esos estados capitalistas la clase obrera acude a trabajar, obedece a los dominantes, exclusivamente porque está la policía detrás de ellos amenazándolos con una represión abierta y desnuda. Lo hacen porque hay una eficacia de otros mecanismos que tienen que ver con todo un universo ideológico que hace innecesario ese otro recurso de la violencia desnuda, que, por supuesto, va siempre presente, pero que aparece tan solo en condiciones excepcionales. Entonces, me parece que cuando uno empieza a pensar en estas cosas y de verdad que esta invitación mía ha sido un gran desafío, porque no son los temas que más yo estudio. Más bien estoy estudiando la parte de la economía política del neoliberalismo, los capitalismo periféricos, pero obviamente siempre con una relación al hecho.

Cuando me hacen esta invitación pienso en dos figuras que pueden ser emblemáticas en el concierto latinoamericano de los últimos años del siglo pasado. La figura de Octavio Paz y la de Julio Cortázar, que representan de manera muy clara, yo diría una polaridad en el terreno de los intelectuales. Octavio Paz, un poeta, un ensayista excepcional, no lo vamos a descubrir acá, pero que redefine su rol del intelectual tradicional que era, un hombre metido en las ideas, de alguna manera sí comprometido, incluso, en sus mejores épocas comprometido con las mejores causas de la humanidad. Recordemos que Octavio Paz fue a la segunda guerra española, se alistó en el bando republicano y combatió con mucha fuerza, digamos con algunos otros poetas, ensayistas y hombres de letras de América Latina y de Europa, y sin embargo, en el curso de su vida, desarrolla un pensamiento, una estrategia, incluso de carácter política, que lo va acercando finalmente hasta convertirlo en el gran ideólogo del estado mexicano. El gran ideólogo del estado

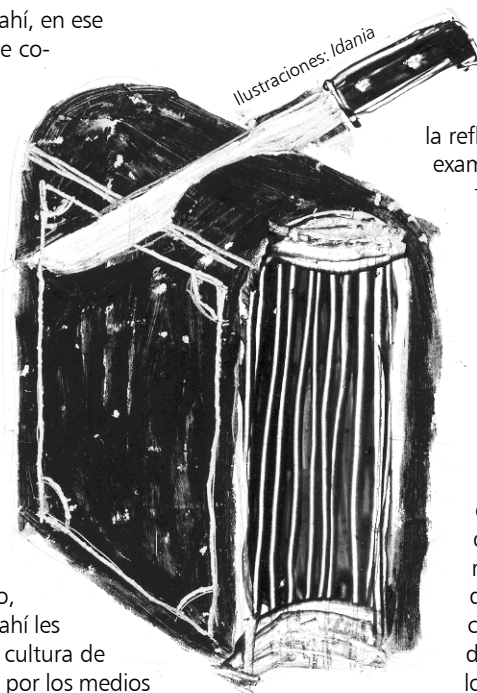
mexicano no fue otro que Octavio Paz. Inclusive ese incidente en los años 90, en la época del stalinismo, cuando Mario Vargas Llosa define al PRI como una dictadura perfecta, y Octavio Paz se pone bravísimo y de alguna manera dicen que él ayuda a la expulsión de Vargas Llosa, otros dicen que no, que trató de evitarlo, que fue la aplicación rigurosa del artículo 33 constitucional de México. Lo cierto es que Vargas Llosa sale de México despedido por la dictadura perfecta que era el PRI. Era muy interesante ver esa idea de Vargas Llosa de la dictadura perfecta, porque hablaba justamente del perfeccionamiento de los mecanismos ideológicos cooptación, de los cuales Octavio Paz —totalmente cooptado, y en sus últimos tiempos de una manera escandalosa— era un ejemplo rutinario. Dicho esto, me acuerdo de que cuando uno compara la trayectoria de Paz, no puedo dejar de abocar la imagen de Cortázar. En esa misma coyuntura de la Guerra Civil española, Cortázar estaba del lado equivocado. Un hombre que después se hace gran amigo de las causas del socialismo, de la Revolución cubana, sin embargo, en la época de la Guerra Civil española Cortázar tiene una actitud favorable al nacionalismo, lo cual es reconfortante para nosotros. Quiere decir que no todo está perdido, que algunos de los que están en el error en algún momento, pueden realmente replantear sus posiciones y llegar a acercarse, a identificarse con los aspectos más esclarecidos y progresistas del proceso histórico. De la misma manera que la trayectoria de Paz es deprimente, la trayectoria de Cortázar, de alguna manera, es una trayectoria en el sentido edificante. Entonces, volviendo a este tema, tenemos estas dos imágenes de los intelectuales. Un sistema ideológico totalmente mercantilizado, marcado por la competencia de las ideas, por la fugacidad de las ideas, y aparece la importancia de todo este elemento que son los medios de comunicación de masas. Cómo circulan estas ideas por el gran circuito. Porque uno debería preguntarse cuáles son los canales, los mecanismos. Los mecanismos son los medios de comunicación de masas. Esto no quiere decir que no existan otros medios que la comunicación personal, que la comunicación diaria de unos con otros no tenga ninguna importancia en la diseminación de las ideas. Pero estamos hablando de sociedades de masas. Estamos hablando en algunos casos de países que tienen centenares de millones de habitantes. Pensemos en Brasil, casi 200 millones de habitantes. Indonesia, más todavía, para no hablar de China, la India o los EE.UU. El tema de la comunicación de masas es fundamental. Ahora, ¿cuál es la vinculación entre el medio y el contenido?, o sea, ¿cuál es la vinculación entre el medio que hace circular las ideas y las ideas que circulan por ese medio? ¿Hay alguna vinculación o no? Creo que esta sería la segunda hipótesis de esta presentación, de que definitivamente hay una vinculación, y esa vinculación es muy estrecha, y es una vinculación que impide o dificulta extraordinariamente la constitución de una conciencia pública, progresista, de izquierda, para no llamarla revolucionaria, que incluso sería mucho pedir. Y ahí, en ese caso, cuando uno analiza los medios de comunicación de masas y su papel crucial en el mundo moderno, pensemos, por ejemplo, en la experiencia venezolana, un caso paradigmático de análisis del papel político, abiertamente político que juegan los medios. Pero eso, no vayan ustedes a creer que es solo una experiencia que se reduce al capitalismo periférico.

En los EE.UU., los medios juegan un papel absolutamente esencial, en lo que Chomsky ha llamado la manufactura del consenso, es decir, la gestación de un consenso, a partir de la manipulación de medias verdades, de falsedades, de mentiras, que de alguna manera se coagulan como una información respetable y sólida, cosa que no lo es, y sin embargo, ese proceso funciona de esa manera. Y ahí les planteo una dualidad también. En esta cultura de masas que es nuestra época, dominada por los medios

de comunicación, ¿quiénes prevalecen sin contrapeso? Son los medios de comunicación electrónicos y fundamentalmente la televisión. La televisión es hoy el gran medio de comunicación de masas, mucho más que la radio y muchísimo más que la prensa. Ahora, si uno analiza la televisión como fenómeno cultural, lo que se puede llegar a percibir de manera muy clara, es que la televisión, al igual que la radio, son un flujo ininterrumpido de mensajes. Alguien pudiera decir, «y qué tiene de malo eso». Tiene de malo algo que a mi juicio constituye su defecto capital y es la imposibilidad de establecer una pausa y es una imposibilidad de que el receptor del mensaje tenga capacidad de decir, vamos a ver esto con calma, vamos a retroceder, vamos a reexaminar, lo que se puede hacer con un periódico, con un libro, con una letra impresa, en donde la hegemonía de la comunicación la tiene el lector, porque por más que el diario diga lo que diga, es el lector el que lee, el que va para atrás, el que va para adelante, el que salta una noticia, el que salta un titular. Con los medios electrónicos, tal posibilidad está completamente cancelada. No hay *rewind*, no se puede ir para atrás en la televisión, viene el mensaje y llegó. ¿Qué implicaciones tiene esto? Tiene una implicación que es la siguiente: en la cultura mediática televisiva, al no haber lugar para la reflexión, no hay lugar tampoco para el pensamiento crítico. Es tan simple como eso. La televisión en las sociedades capitalistas, por supuesto, es inherentemente reaccionaria e inherentemente conservadora. No hace el menor lugar, no ofrece la menor posibilidad para desarrollar un pensamiento crítico que supone una operación de pausa y de revisión. ¿Por qué? Porque ese flujo continuo no puede interrumpirse, lo peor que puede pasar en la televisión y en la radio es el silencio.

Tengo una cierta experiencia en los dos medios: el silencio es mortal. Tres segundos de silencio es terrible. No se tolera, o sea, el flujo tiene que ser continuo, no puede haber una vuelta atrás. El problema es que la necesaria reflexión que supone un proceso de constitución del pensamiento crítico, está ausente en ese medio. Y, lo que nosotros podemos denominar la cultura gutenberguiana, por Gutenberg y la imprenta y el papel de la prensa, esa cultura fue muy importante en la constitución de un pensamiento crítico en el campo de la izquierda, que desempeñó un papel fundamental.

Los movimientos obreros, los partidos socialistas y comunistas, lo primero que hacían cuando surgían, era montar una biblioteca. La lectura era lo que les permitía forjar la conciencia revolucionaria de los sectores populares. Martí, entre nosotros, cuando decía «ser cultos para ser libres», era básicamente ser cultos a partir de una apropiación de la cultura que pasaba por la lectura. Eso ya no es más cierto. Y parte de los problemas que tiene la izquierda en todo el mundo es que desde sus orígenes ha sido una opción política y una estructura partidaria que básicamente se comunicó con la sociedad a través de un canal que en este momento tiene cada vez menos importancia, pero que es fundamental, porque lo que pasa es que el mensaje crítico de la izquierda, el mensaje de la reflexión, de la crítica permanente, el mensaje del examen cuidadoso de los datos, de los antecedentes no se puede hacer por la vía de la televisión y de la radio. La radio tal vez ofrece alguna posibilidad, pero no así la televisión. Entonces en ese sentido me parece a mí, la televisión en el mercado de las ideas tiene esa peculiaridad y tiene además otra peculiaridad que conspira contra de la constitución de una conciencia revolucionaria, de una conciencia cuestionadora del orden social y que es la siguiente: que la manera como se debe argumentar en la televisión de alguna forma tiene que ser sumamente breve, sumamente acotada, con frases muy efectistas, de muy poca duración. Ningún discurso puede durar más de dos minutos, tres minutos. Tiene que haber un corte. Si ustedes miran bien, por ejemplo, los discursos de campaña que se han impuesto en los últimos años, los que ya venían de antes en



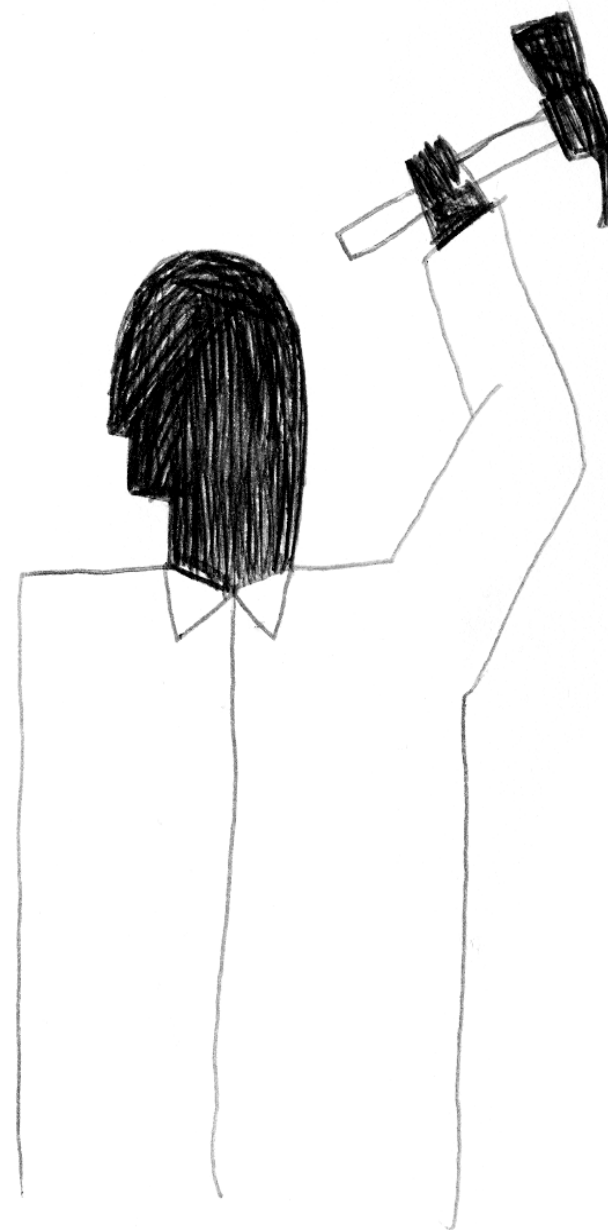
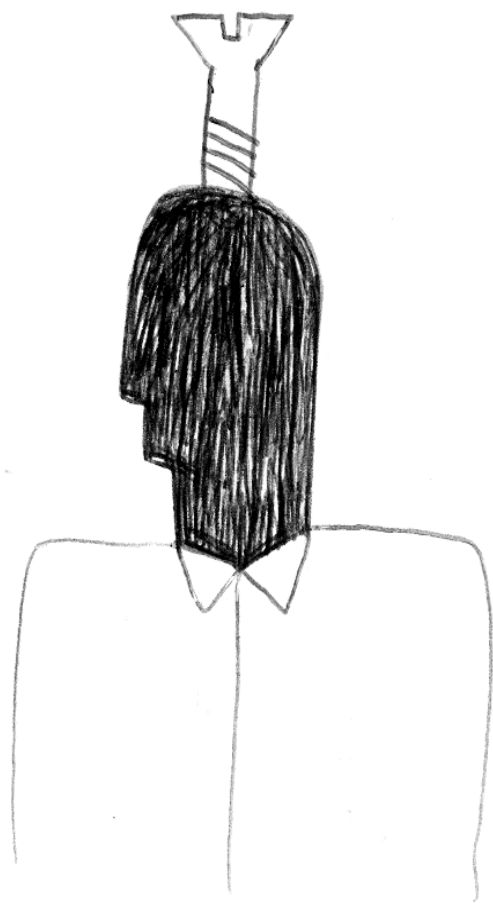
los EE.UU., los que se iban imponiendo en Europa, y después en América Latina, están todos modelados por la pauta que permite la televisión. La televisión no permite un discurso como el mío. Con un rollo de media hora se funden los aparatos, el televidente huye, es imposible. Estamos hablando en sociedades capitalistas, por lo menos en lo que es la televisión en esos países.

En el caso cubano habría que analizarlo, porque acá no hay televisión comercial. Entonces es otra historia. Pero en lo otro son frases muy breves, muy efectistas, se pasa a otro tema, no hay dilación de los razonamientos. Lo que hay es un salto de un tema hacia otro. En el caso argentino hemos visto, por ejemplo, en las dos últimas campañas presidenciales, cómo los candidatos más exitosos, justamente eran exitosos, a partir de una absoluta incoherencia de los mensajes. No había manera de articular lo que se decía antes con lo que se decía después. Sin embargo, los expertos de este tema decían... este candidato es telegénico, o proyecta bien en la televisión, lo que quiere decir que es un señor o una señora incapaz de sostener un razonamiento por más de dos o tres minutos. Pero es todo lo que necesita la televisión. Vean si no los discursos de Bush o vean los discursos de campaña en los EE. UU. o últimamente los discursos de campaña en Europa, en España. Yo los he visto. Un espanto. No hay ninguna posibilidad de desarrollar una argumentación medianamente seria. Entonces, contra eso, imaginense un candidato de izquierda que de repente dice, a ver usted, cómo solucionaría los problemas del atraso, la pobreza, la exclusión, la deuda externa de América Latina, en dos minutos. El que defiende el sistema tiene todas las de ganar, porque puede decir dos o tres tonterías, las posibilidades están abiertas, hay que trabajar, es un problema de esfuerzo, el mercado le abre a usted y listo, ya está, con periodistas complacientes, con medios de comunicación. Eso es un punto que habría que estudiar muy a fondo.

El monopolio de los Bancos es un juego de niños al lado de los monopolios de los medios de comunicación de masas. Es una industria muchísimo más monopolizada que la industria del capital bancario y, sin embargo, es un tema que no está lo suficientemente bien estudiado entre nosotros. Todavía se tiene la ilusión de que existen medios de comunicación de masas al estilo de los que existían 50 años atrás, cuando ahora están totalmente monopolizados. Hay países en los cuales, por ejemplo en Brasil, lo que la red Globo no informa, no existe. Podemos hacer un análisis parecido para México, con el papel de Televisa; en la Argentina hay dos grandes monopolios que controlan lo que se llama las multimedias, la radio, la televisión, la prensa. Se violan reglas elementales. Por ejemplo, en los EE.UU., *The New York Times*, no puede tener un canal de televisión ni puede tener una radio en la ciudad de Nueva York. En la Argentina y en México se puede hacer todo eso. En EE.UU. no se puede porque protege la libertad de información, aun con un gobierno como el de Bush. Globo tiene radio, AM, FM, televisión por cable, televisión abierta y el periódico, en la ciudad de Río de Janeiro, sin ninguna clase de control, y Globo hace y deshace candidaturas presidenciales en Brasil. Cuando Globo no quiso que Lula fuera presidente cuatro años atrás, le tumbó la candidatura con una campaña feroz. Este fenómeno es importante porque modifica el contenido de lo que se puede decir. Es muy difícil en Argentina, México, Brasil, hacer por la televisión un planteamiento crítico de la sociedad actual, porque eso requiere una referencia compleja que es imposible de hacer. No vayan a pensar ustedes que es una reflexión personal y exagerada mía.

Pierre Bordieu escribió antes de morir un libro muy lindo sobre la televisión, en donde plantea eso mismo, en el que decía cómo se encara seriamente cualquier tema cuando el conductor le dice, bueno profesor Bordieu, tiene dos minutos para explicar el drama de los Sans Papier, en Francia, pero no se puede ni empezar a hablar del tema. ¿Es esto casual? Porque mucha gente ingenuamente dice que el conductor es acelerado y no, esto tiene que ver con una lógica profunda, por eso la idea del mercado de ideas tiene un elemento de mucha profundidad, y es perpetuar el carácter opaco de la sociedad capitalista. Es muy importante que la gente no se entere de lo que pasa y de cómo son las cosas. Y la televisión nos abruma con seudoinformación, pero en realidad nos impide entender lo que está pasando. A mí me hace mucha gracia cuando me dicen que estamos en presencia de la sociedad de la información. No, para nada. Estamos abarrotados de seudoinformación que precisamente nos impide saber realmente qué es lo que está pasando. Y eso no es casual. Abarrotarnos de información es una estrategia de dominación que impide que los pueblos comprendan la verdadera naturaleza de sus problemas, las verdaderas raíces de sus problemas. Entonces me parece que este es un tema que tenemos que tener muy en cuenta.

Y por último, me pregunto sobre cuál es el perfil del intelectual orgánico en el capitalismo de hoy. Cuando uno analiza históricamente la cosa, siguiendo las huellas de Gramsci, decíamos que en la sociedad feudal, ese papel fundamental de los intelectuales como articuladores de la dominación ideológica y política, estaba en manos del clero. En América Latina, en el siglo XIX y el XX, ese papel les cupo a los abogados. ¿Quiénes son hoy los herederos de ese papel? Hoy son los economistas. El papel fundamental de hoy es el del economista. Así como el teólogo le decía al rey antes de comenzar sus aventuras militares que Dios estaba



de su lado y que la divina providencia le ayudaría o que los abogados en el siglo XIX y XX de América Latina decían que lo que se hacía, se hacía conforme a derechos y a las más altas expresiones del derecho universal. Hoy en día los que dan esa opinión, los que dicen que el rey está en lo cierto o el rey está equivocado, son los economistas, una profesión y un estamento intelectual, verdad que está profundamente dominada como no hay antecedentes anteriores a nivel mundial, por la hegemonía de los EE.UU. y la ciencia económica norteamericana. Entonces, el gran problema que tenemos es que el proceso de formación de ese estamento intelectual, superespecializados se hace en función de la modalidad que ha predominado en un país como los EE.UU., donde la economía ha dejado de ser economía política, se ha transformado en una especie de ingeniería social, con total desprecio de las variables sociales y de los contenidos sociales de la ciencia económica. La economía se reduce a una econometría en donde el criterio fundamental del saber económico es determinar hasta qué punto los gobiernos actúan en función de los requisitos inviolables de los mercados. Entonces es una profesión estructurada de esa manera con recursos destinados a investigaciones y a la captación de jóvenes inteligentes de todo el mundo.

La aspiración de cualquier estudiante de Economía en cualquier universidad, aun en la más radicalizada de América Latina, es hacer un doctorado en Economía en los EE.UU. Además, porque este sabe que es un seguro de vida, porque la profesión de los economistas también está muy fuertemente concentrada por el lado de la demanda. Las grandes instituciones financieras internacionales, como el Banco Mundial, el FMI, la Organización Mundial de Comercio, los gobiernos demandan economistas, pero como los gobiernos están fundidos, los demandan en función de los subsidios especiales que otorgan el Banco y el FMI. En el caso de Argentina, Brasil y México, los economistas que trabajan en estudios especiales, todo financiado con ese dinero y todos tienen que responder a aquella misma melodía.

Hoy en día estos intelectuales orgánicos del poder son fundamentalmente economistas o gente como Octavio Paz, que deciden ser economistas en México. Empiezan a desarrollar una preocupación por temas económicos, resumiendo radicalmente los conceptos fundamentales del neoliberalismo, entre otros, el carácter excelso de los mercados, como asignadores óptimos de recursos y promotores de bienestar social. Entonces, esto nos plantea acá toda una agenda de investigaciones, de trabajo y de lucha ideológica. Por eso, el combate ideológico contra el neoliberalismo y la discusión de las tesis centrales del mismo, hoy son cuestiones absolutamente fundamentales. Fijense ustedes que una civilización tan horrenda como esta, que ha producido tantas calamidades como esta, sin embargo, el eje de la discusión sigue siendo la discusión de los temas económicos. Ahí es donde hay

que dar la gran batalla y en ese sentido la emergencia de estos nuevos tipos de intelectuales orgánicos que acuden permanentemente a las fuentes del pensamiento económico neoliberal plantean un desafío de enorme importancia para el pensamiento socialista y para el pensamiento revolucionario. Porque lo que he visto en mucha gente producto del desánimo que cundió con el colapso de la experiencia de la Unión Soviética, es decir, bueno, el marxismo nos sirve como guía moral, pero no nos sirve para el análisis de la realidad, el marxismo es poco realista. No es capaz de entender la lógica de la realidad. Pero cómo, si el marxismo no permite entender digamos el capitalismo contemporáneo y los mercados, más vale que nos dediquemos a otra cosa. Yo tendría que dedicarme a escribir poesía. Claro que nos permite entender, pero la hegemonía económica de la derecha, la ciencia económica es tan grande que hace que aún gente revolucionaria, comprometida diga que el marxismo no nos sirve para entender la realidad, es bueno como una guía moral. Yo creo que es importante decir que es una guía moral, pero que es un instrumental analítico imprescindible, esto es tanto más sorprendente cuando uno ve que algunos de los más grandes intelectuales de la derecha mundial utilizan muchas veces sin decirlo categorías marxistas o enfoques marxistas de entender la propia realidad. Y eso por qué, porque el mundo de alguna manera se ha marxistizado, en el sentido de que hoy en día, cuando uno analiza el *Manifiesto Comunista*, de 1848 podía tener dudas acerca de qué grado de realismo tenía la tesis de la polarización social, de la concentración monopólica, de la depauperación de las masas. Hoy, 150 años después, no hay ninguna duda, las dudas que podían haber hace un siglo y medio quedan evacuadas porque fueron totalmente confirmadas, ratificadas. Eso me parece que es el foco del debate hoy, esa nueva categoría de intelectuales, esa es la batalla que hay que dar en el terreno del pensamiento económico que se ha convertido hoy en el criterio único. Se ve en expresiones tan vulgares como «la gente vota con su bolsillo», en EE.UU., en Venezuela, en Argentina, lo cual además se verifica claramente. Menem en el 95 gana las elecciones diciendo: «voy a proseguir en el rumbo neoliberal en el que hemos avanzado y con el consenso de Washington», y como la ilusión de la estabilidad estaba muy fuerte, la gente lo ratificó con más votos que en el 89. Eso de votar con el bolsillo nos remite a la centralidad que tiene el discurso económico hoy y la centralidad de dar la batalla precisamente en ese terreno. ■

Intervención durante la mesa redonda «El intelectual y el mercado de las ideas» celebrada durante la XIII Feria Internacional del Libro de La Habana, del 5 al 15 de febrero de 2004.

http://www.lajiribilla.cu/2004/n146_02/146_16.html





la vida espíritu es intermitente

Reinaldo García Blanco
Cuba

lo dijo Klopstock: «Quien escoge, será cegado por el humo del sacrificio». Así va el mundo. Noticias más o noticias menos.

Los ratones que tiran el coche de Cenicienta pasan veloces rumbo a la desmemoria. Nadie se atreve a detenerlos. Las fronteras ya no existen y nadie es capaz de dibujar semejante mapa donde la infancia se fuga a través de un espejo.

La verdadera salvación está en nosotros mismos, aun cuando unas ratas fluorescentes alumbren el traspasio de nuestra casa.

Comida & placer

Alguien ha dicho que el hombre civilizado se divide en cabeza, tronco, extremidades y una buena mesa. Para unos la vida se resume en: «Pienso, luego existo». Para otros es comer y lo demás carece de importancia.

El amor entra por la cocina, dice un antiguo proverbio. Muchos combates han llegado a buen término desde una mesa repleta de manjares. El acto de comer en compañía entraña un acto de comunión y solidaridad. Para muchas personas partir el pan y beber el vino son momentos sagrados.

Entre sorbos de café negro más o menos amargo, acabo de leer *Fisiología del gusto*, de Brillat Savarin (1725-1826), gastrónomo y escritor francés que fuera jurisconsulto y médico. Cuentan que su hermana Pierrette tenía ya 99 años y once meses bien contados cuando, comiendo en su cama como solía, sintió que le llegaba su hora. La pobre se puso a llorar: «¡Pronto, pronto, tráigame el postre, que me voy a morir!».

Comida y placer son dos términos que, a través de la historia, han caminado tomados de la mano. Ahí está la literatura para mostrarlo y mucho más que la literatura, la vida real y cotidiana se encarga sobremano de ello. Ya lo decía el poeta Chesterton: «Una mala comida no se recobra nunca».

Una manera exacta de acercarse a la repostería francesa es leyendo los poemas de Mallarmé, que con un golpe de dados nos supo decir que una buena mesa no es cuestión de azar. De fondo se puede escuchar en un viejo disco de 45 rpm, con letra y música de Ernesto Lecuona, aquello de «Se va el dulcero mi niña... el rico y sabroso ajonjolí / y tú no le quieres casera comprar / mira que la panetela borracha / que es flor / mira que llevo los merenguitos / que son como besitos / más dulces que el amor».

Hay comidas que solo están en la memoria de una abuela materna o simplemente en las resonancias de una guaracha de Johnny Zúñiga: «Hay en la tierra oriental / un plato muy conocido / y de todos preferidos / por su sabor sin igual // Bacalao con ñame, señores / bacalao con ñame».

Don Fernando Ortiz y Manuel Moreno Friginals ya aportaron lo suficiente sobre el término Ajiaco. Tal

vez la gracia y la soltura de Fidelina Hernández y Mariano Sánchez en la guaracha homónima: «Vamos a hacer un ajiaco / entre tres o cuatro / entre tres o cuatro / el uno pone la yuca... / y me toca / después del ajiaco hecho / poner la boca».

Al decir del Marqués de Sade no hay ninguna razón para que una fantasía de mesa nos parezca menos extraordinaria que una fantasía de cama.

El diálogo entre el cuerpo y la comida es infinito. Diálogo que se puede escuchar a través de una canción o simplemente desde una mesa frugal o desbordada.

¿El futuro dura mucho tiempo?

Ya nadie vende relojes de arena. Nadie abre una verja de hierro y sale al patio para observar la inclinación del mediodía. La revolución digital borró de un plumazo el encanto de la arena y la majestad del sol.

Los caminos ya no se bifurcan, pues como dijo el poeta: «Los puntos cardinales son tres: el norte y el sur». El tiempo se resume en velocidades y pulsaciones. Las fronteras se hacen innecesarias y los mapas han caído en un olvido atroz. Que el planeta Marte esté cerca de nosotros no quiere decir que está al alcance de la mano. El término de años-luz, más que una metáfora, es una manera de engañar al prójimo. El simulacro de una estrella recién cortada que va mojando sus puntas en otra estrella enemiga deja de ser una idea lezamiana para convertirse en vestigio de memoria.

Quiero compartir con ustedes dos proverbios africanos. El primero es oriundo de Zambia y dice: «El destino sopla sin fuelle de herrería». Es decir, que el tiempo termina por deformarlo todo. El segundo es de Nigeria: «Aquel que vive mucho tiempo ve la danza de la paloma». Algunos estudiosos creen entender que con el tiempo se develan ciertos misterios.

Borges, el memorioso, se ocupó de buena manera en desafiar los espejos y relojes como modos de poner en jaque la finitud de la vida.

Una de las frases más demoledoras del pasado siglo XX la pronunció el general De Gaulle: *El futuro dura mucho tiempo*. Así tituló también un libro el argelino Louis Althusser luego de haber estrangulado a su mujer de 72 años con una cortina, en 1980, en el departamento en el que vivían en la Escuela Nacional Superior de Francia.

Mi padre que no era filósofo, pero que vivió los ardores de enero de 1959, la muerte de Kennedy, el viaje a la luna, la guerra fría, Viet Nam, la Revolución Cultural, el mayo francés, y por supuesto, la muerte del Che Guevara, gustaba de repetir hasta el cansancio que «todo tiempo futuro tiene que ser mejor».

Vuelvo a Jorge Luis Borges: «Siento el pavor de la belleza, ¿quién se atreverá a condenarme si esta gran luna de mi soledad me perdona?». Son los últimos versos de un poema titulado

«Cada vez que escucho la palabra 'cultura' desenfundó mi pistola». Esta frase, tengo entendido que es de Joseph Goebbels. Aunque nacida en un contexto muy diferente al de hoy, la traigo a colación a tenor de los esplendorosos días que corren. Días en los que del *Padre nuestro que estás en los cielos con las golondrinas y los misiles*, del uruguayo Benedetti, hemos pasado al *Padre nuestro que estás en Internet con Madonna y la Coca Cola*.

En los años 50, del siglo que acaba de pasar, nuestros padres, con el signo de la ternura y el placer en la frente, tarareaban a la par de Elvis Presley *All shook up*. Diez años más tarde nuestro hermano mayor, que no sabía absolutamente nada de la guerra, compraba a hurtadillas un disco de Los Beatles. Entrada la década del 70, el loco John Lennon con *Imagine* y otras canciones, venía a demostrar en cierto modo que la felicidad era también una pistola, pero caliente.

Yo que comencé a escuchar música como se debe con *Police* y aquello de *Bed too big without*, y por supuesto, con Silvio Rodríguez, ignoraba novelas como *La naranja mecánica* o películas a la altura de *El cocinero, el ladrón, una mujer y su amante*, de Peter Greenaway. Por suerte, para entonces en una biblioteca municipal, tuve el placer de leer *Los hermanos Karamazov* y me conmovía hasta la tristeza una frase de Dostoiévski puesta en boca de uno de sus personajes: «Si Dios no existe, todo está permitido».

¿No fue Don José Lezama Lima quien dijo?: «El infierno existe pero está vacío»

Entrado el siglo XXI son muchos los que oyen la palabra «cultura» y desenfundan una pistola o una espada e intentan hacer silencio. Al otro lado de las gradas del tiempo y de la historia o hacia el interior de una casa de provincia, un muchacho lee revistas y libros prohibidos para compartir con el maravilloso Antoine de Saint-Exupéry aquello de que la vida del espíritu es intermitente.

Cada vez que alguien desenfunda la pistola al oír la palabra «cultura», el mejor antídoto es escribir un poema, una canción, una oda o simplemente abrir una puerta.

La felicidad hay que pleitearla

La noticia la trajo el cable hace unos meses. Se trata de unas ratas fluorescentes. Brillan en la oscuridad. Según la agencia noticiosa, se logró en la empresa genética Level Biotech que experimentaba con la combinación de ingeniería genética y el trasplante de genes de otras especies en sus laboratorios en Taiwán.

Así va el mundo. Noticias que vienen y van. Sin más asunto que darnos a entender que todo es posible. Han pasado unos 25 años desde aquel 25 de julio de 1978 en que naciera la primera niña probeta del mundo, la británica Louise Brown, cuyo nacimiento mediante el tratamiento de fertilización *in vitro* revolucionó de un modo extraordinario la medicina.

Tal vez no sea erróneo afirmar —con perdón de críticos y estudiosos— que la literatura de ciencia ficción ya no existe como tal. Con cierta tristeza podemos decir que el dilecto Julio Verne ha quedado apocado. Los *voyages extraordinaires* que comenzó a publicar hacia 1870 hoy resultan cuentos para dormir a los niños demasiado obedientes.

Frankenstein o el moderno Prometeo (1818), de Mary Shelley, acaso fue el preámbulo para esos derroteros de la creación de una nueva vida. Para entonces, un nuevo soplo de la creación comenzaba a tomar cuerpo y mente. Con amor y escualidez —al decir de Salinger— recuerdo una de las lecturas de mi adolescencia: *Bajo las lunas de Marte*. Un tal John Carter superaba a Cristo y a Mahoma, pues tras varias muertes y transfiguraciones, a la par de sucesivas escaramuzas donde lo erótico y lo bélico se mezclaban, hacía del planeta Marte un sitio ideal para ir a vivir alejado para siempre del mundanal ruido de la tierra.

Desde la isla del Capitán Nemo de Verne, pasando por la isla del doctor Moreau de Wells, hasta el Paraíso Terrenal hay un algo que nos llama a la cordura. Un algo que se trasluce en razón y encanto. Ayer fueron los gnomos. Hoy son unas ratas fluorescentes que desde Taiwán anuncian su llegada. Mañana serán unos enanitos verdes y sin antenas para recordarnos que con guerra de las galaxias o no, la felicidad hay que pleitearla.

La luna seguirá siendo patrimonio de los poetas. Tendremos que aprender a elegir. Ya

«Casi juicio final». El tiempo, como una espada o una ordalía sobre la cabeza de los hombres, esplende su magnitud y sobrecoge. Nosotros, los mortales esclavos del horario, olvidamos el ciclo de la luna o la magia de los peces que regresan pasadas las mareas.

Es posible que el futuro dure mucho tiempo. Pero el animal civil que somos, está renuente a la espera y nos precipitamos. Nos precipitamos sin otro afán que volver al reloj de arena, a la plenitud del mediodía en los adoquines de una plaza de provincia.

El tiempo se disloca y se convierte en nuestro enemigo más fiel.

Neruda que estás en la tierra

Pablo Neruda, que estás en la tierra con veinte poemas de amor y una canción desesperada, no te olvides de nosotros, los mortales, tus eternos deudores. Pablo del viento, que estás en la memoria, el dogo de la muerte ha venido a sentarse entre nosotros. Han llegado unos cardenales con cirios amarillos y cantan hosannas.

Pablo de las furias, los ciclistas y los mineros que ayer pasaron rumbo a la fábrica o la muerte te saludan. Pablo cantor de la cebolla, en el hornillo del patio el té con bergamota asciende por el arquitebe, se funde con el cielo, baja lento y levanta las faldas de unas muchachas que escriben en la arena tu nombre de guerra.

Pablo orégano, dicen que la muerte es un discurso, un simple levantar la mano y dejar que las vicarias y las buganvillas estallen. Pablo del silencio y el furor, las fieras de septiembre siguen en el bosque y de la carne profunda llega un hedor que silba y pliega sus banderas. Carne que en silencio precisa del silencio.

Pablo hijo del centauro, hoy amanecieron cerrados todos los hoteles del mundo y el dogo de la muerte ha vuelto a danzar en el patio mientras que el té con bergamota reclama tu presencia. Pablo ave fugaz, sigues bajo los sauces de siempre. El humo dilecta y escancia y te haces como el que nada sabe.

Pablo de las sílabas, desde aquí vemos pasar la orfandad, un toro hecho de silencios, una caravana de hombres rumbo al desierto o lo inmemorable. Pablo de los cien cantos, tu sombra le dice adiós a una mujer como un soldado desconocido, como un apátrida del agua que ya no convoca a sus aliados.

Pablo girasol, a cantar sobre las colinas muertas te han enviado. Eres el pífanos y te detienes en la blancura de los huesos y cantas. Pablo ciclón. Pablo astrolabio. Pablo sol naciente, encima de este basural, entre la magnolia y el horizonte, allí donde hubo muérdago y cilantro, allí en lo que fue tu casa de semen y volandera, otro hombre parecido a ti entona una canción.

Pablo niño, este es el esplendor de la nada. Te quieren regalar un ojo de cíclope, esos huesos blancos en la memoria, río abajo, sin más desastre que los años. Pablo de la suerte, algo es blindado, la casa total está donde siempre y las maderas se consumen ellas mismas, se devoran corazón adentro, meandro afuera.

Ricardo Eliecer Neftalí Reyes Basoalto, que vas por el mundo con las manos llenas de mariposas, detén tus ojos en la mitad del domingo, en la levedad de la estrella polar ahora que casi termina el mes.

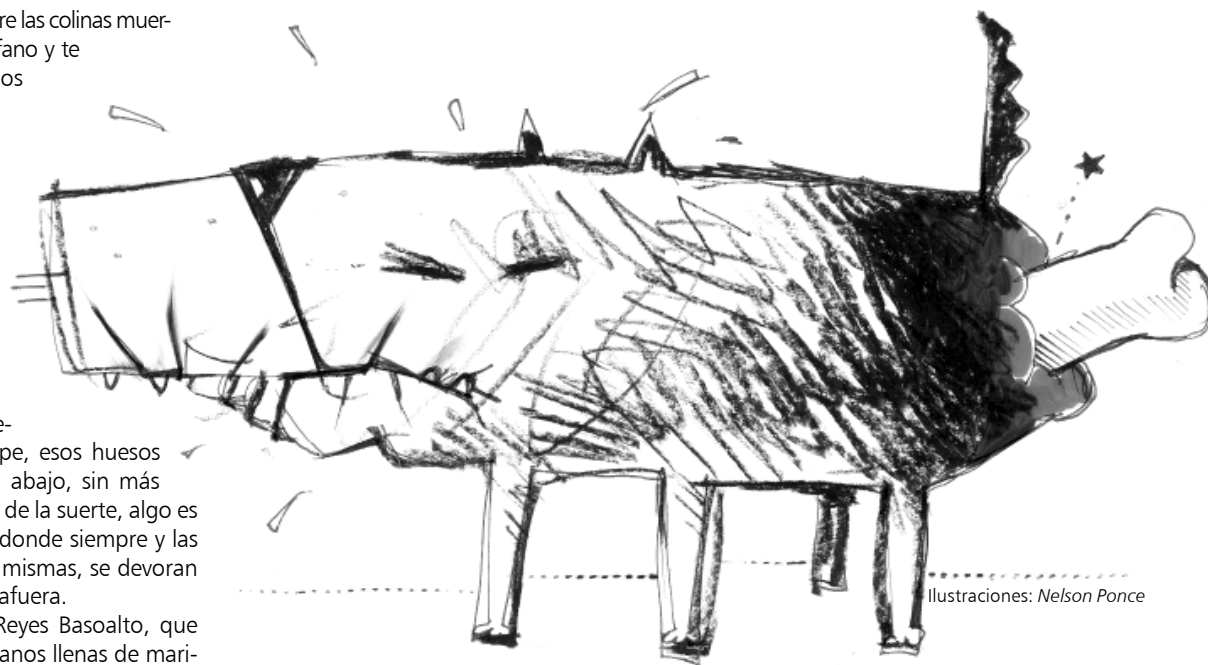
Pablo Neruda, que estás en la tierra con veinte poemas de amor y una canción desesperada, no te olvides de nosotros, los mortales, tus eternos deudores, justamente ahora que el viento gira en el cielo y canta.

Se dice mar y se dice poesía

El mar. Siempre me ha llamado la atención que nuestro José Martí sintiera una mayor preferencia por el arroyo de la Sierra. También me ha conmovido Virgilio Piñera con aquello de la maldita circunstancia del agua por todas partes.

Abro al azar un libro y me encuentro la palabra océano: Volumen de agua que ocupa aproximadamente dos terceras partes de un mundo hecho para el hombre —el cual no tiene agallas. Son palabras de Ambrosio Bierce. He abierto *El diccionario del diablo*.

Al igual que la luna, el mar ha sido punto de mira de los poetas de todos los tiempos. Flaubert en un pretendido catálogo de opiniones elegantes ya nos decía que no tiene fondo, que es imagen del infinito y que inspira grandes pensamientos. César Vallejo va más allá de toda conje-



Ilustraciones: Nelson Ponce

tura: «Qué nos busca, oh mar con tus volúmenes / docentes. Qué inconsolable, qué atroz / estás en la febril solana». El mexicano Octavio Paz se acerca a la infinitud de las palabras: «La sed del mar es una sed sin fin: / se muere y nunca acaba de morir». La muerte-vida se torna binomio cuando no espejismo. Gustavo Adolfo Bécquer intenta el viaje que todo poeta intenta hacer una vez en la vida: «Olas gigantes que os rompéis bramando / en las playas desiertas y remotas, / envuelto entre la sábana de espumas / llevadme con vosotras».

Atrapado en los lienzos, en las partituras, en las catedrales de palabras el mar dispone sus furias y brevedades para que el hombre entre en su reino y no pueda descubrir tanto misterio.

«¡Amarás hombre libre, siempre el mar! Espejo tuyo es, y contemplas tu alma en la infinita agitación de su oleaje» Es Baudelaire que deshoja las flores del bien.

No recuerdo en qué pasaje de esa novela-mundo que es *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de La Mancha*, Cervantes alista los cordajes: «Has de saber, Sancho, que este barco que aquí está, derechamente y sin poder ser

otra cosa en contrario, me está llamando y convidando a que entre en él, y vaya en él a dar socorro a algún caballero o a otra necesitada o principal persona, que debe de estar puesta en alguna grande cuita». Decisión quijotesca al fin y que no dejará de hacer aunque se lo pidan frailes descalzos.

La poesía toma el curso de los vientos y se vuelve astrolabio. Lautréamont en un ataque de maldición nos dice: «Eres más bello que la noche... Yo te saludo, viejo océano».

A José Martí le complace más el arroyo de la sierra que el mismo mar. En otro lado odia al mar proceloso y umbrío. Virgilio Piñera habla de una maldita circunstancia. El agua signando las sales y el destino de una insularidad entre el espanto y la consabida ternura.

Se dice mar y se dice misterio. Se dice mar y se dice vértigo. Se dice mar y se dice poesía. ▀

http://www.lajiribilla.cu/2004/n148_03/148_20.html

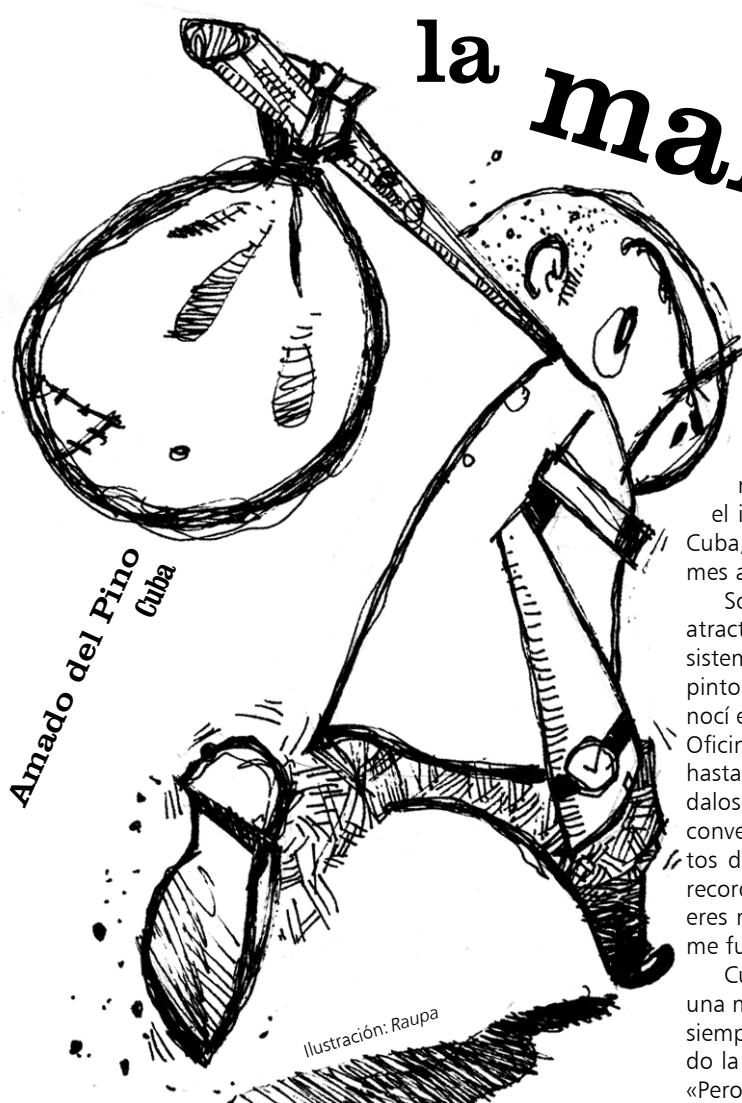


Ilustración: Raupa

la maleta del Brene



Su nombre se hace imprescindible en cualquier panorama de la literatura dramática cubana del siglo XX. Con *Santa Camila de La Habana Vieja*, estrenada en agosto de 1962, José Ramón Brene se agenció un puesto entre los clásicos de nuestra escena contemporánea. Además de ese título tan representado y publicado, escribió muchos otros textos de interés y trascendencia. Cuando el importante escritor guatemalteco Manuel Galich llega a Cuba, a principios de los 60, se sorprende de que en un mismo mes asiste a dos estrenos de Brene.

Sobre su dramaturgia he escrito reiteradamente, pero tan atractivo como el encanto de sus situaciones, la riqueza del sistema de diálogos o la vitalidad de los personajes, resulta la pintoresca y contrastante personalidad del dramaturgo. Lo conocí en el bar de 23 y 8, en el Vedado, al que Brene llamaba La Oficina. Allí tenía su banqueta fija y, aunque abusó del alcohol hasta adelantar el fin de sus días, no puede hablarse de escándalos o situaciones desagradables protagonizados por él. Su conversación, humilde y escueta, estaba salpicada de momentos de ingenio. Al principio, como lo llamaba de usted y le recordaba, de vez en cuando, su magisterio, me regañaba: «Tú eres muy protocolar para ser tan joven. Pareces un inglés». Y me fui acostumbrando al tuteo y la confianza.

Cuando se encontraba con algún amigo acompañado de una mujer, Brene daba pruebas de su discreción. Al despedirse siempre profería la misma frase: «Mucho gusto, señora». Cuando la esposa de alguno de los que tanto lo quisimos le decía: «Pero si usted me conoce...», él no daba su brazo a torcer y

después le aclaraba al amigo: «Tú no ves que ustedes cambian mucho de mujer y después si le digo Mariña a Juanita el que pasa el mal rato soy yo».

En otras ocasiones, cuando algunos parroquianos alardeaban de sus conquistas amorosas, él era incapaz de sumarse. «Yo no hago el amor desde el Machadato», solía decir en un grupo de extrema confianza. Una vez traté de averiguar algo más sobre su vida amorosa y me confesó: «Tenía una novia a la que yo le decía La Monguita, pero me puse a pensar, a sacar cuentas, hasta que me di cuenta de que el bobo, el monguito era yo».

Unos meses antes de su muerte (1990) me lo encontré en una parada. Estaba cerrada La Oficina y pretendía desplazarse hacia un bar de la calle Línea. Ese día conversamos bastante y le recordé que pronto sería, en la arrancada de mayo, su cumpleaños, que estaría bien darle un homenaje o algo así. Brene me miró, como desde muy lejos, y me dijo: «¿Qué me van a regalar? ¿Un pantalón pitusa (jeans) de esos que yo usaba en el barco para trabajar cuando era marinero?» Le recordé su éxito literario y él acotó: «Por lo menos desde que me dio por eso, vivo de eso». Logré pasar, esta vez medio en serio, sobre el tema de las mujeres y aceptó en un susurro: «Las dos que yo amé de verdad, me quisieron bastante también». Y ya disponiéndose a abordar la ruta 32: «Me puedo morir tranquilo. Todo lo que tengo cabe en una maleta». ▀

http://www.lajiribilla.cu/2004/n147_02/lacronica.html





Ilustraciones: J.D.

Filosofía y ciencia

Hace unos años, le pregunté a Stephen Hawking cómo veía la relación actual entre filosofía y ciencia, y me contestó: «Ahora los filósofos solo se dedican al lenguaje, y los científicos tenemos que ocupar el lugar que han dejado vacante». Los antiguos filósofos fueron los primeros científicos. Los nuevos científicos son los últimos filósofos».

En *Dialéctica de la naturaleza*, dice Engels: «Los científicos creen librarse de la filosofía ignorándola o despreciándola. Pero puesto que sin pensamiento no pueden avanzar y para pensar necesitan pautas de pensamiento, y toman dichas pautas, sin darse cuenta, del sentido común de las llamadas personas cultas, dominado por los residuos de una filosofía ampliamente superada, o de ese poco de filosofía que aprendieron en la universidad, o de la lectura acrítica y asistemática de textos filosóficos de toda índole, no son en absoluto menos esclavos de la filosofía, sino que la mayoría de las veces lo son de la peor; y los que más desprecian la filosofía son esclavos precisamente de los peores residuos vulgarizados de la peor filosofía».

A primera vista, Hawking parece contradecir a Engels; pero, en última instancia, está señalando el mismo problema —la misma dicotomía— desde un ángulo y un momento diferentes.

Los «intelectuales» (con las comillas quiero señalar que me refiero a lo que habitualmente se entiende por tales) suelen ser gente de letras. Y viceversa, los científicos no suelen ser considerados (ni considerarse a sí mismos) intelectuales. Sin embargo, hablar de los problemas económicos, políticos y sociales sin saber matemáticas (sin conocer, por ejemplo, la teoría de la información o la teoría de juegos), es, hoy más que nunca, una impostura. Una impostura tan grande —y tan frecuente— como arrogarse el título de filósofo sin un profundo conocimiento de la física del siglo XX y de la lógica posterior a Gödel. La vieja advertencia platónica —«Que no entre aquí quien no sepa geometría»— sigue en la puerta de la Academia. Solo que ahora la geometría ya no es euclídea y la advertencia está en un idioma que la mayoría de los «pensadores» no entiende.

El anaritmismo (la incapacidad de leer el lenguaje de los números) es uno de los grandes problemas de nuestra cultura, y afecta de forma alarmante a la mismísima elite intelectual. Y el discurso sociopolítico se resiente gravemente de ello.

Marxismo y ciencia

Decía Popper (cuyas contribuciones a la epistemología no se pueden ignorar, a pesar de su lamentable deriva hacia la derecha) que el marxismo, en el que creyó en su juventud, lo había decepcionado por sus infundadas pretensiones científicas y la falta de rigor de sus «profecías». Venía a decir Sir Karl (como se hacía llamar al final de su vida) que él, junto a tantos otros ingenuos, había luchado contra el capitalismo creyendo que su caída era inevitable, como asegura Marx. Al comprender que el pronóstico carecía de base suficiente, se había sentido profundamente decepcionado y había abandonado la lucha. Le escribí al respecto lo siguiente: «Su argumento parece sugerir que solo hay que luchar si la victoria está asegurada de antemano, cuando lo cierto es más bien lo contrario:

cambio de

Carlo Frabetti
España

paradigma

si el capitalismo llevara en su seno el germen de su propia destrucción, como afirma Marx, y su caída fuera inevitable, entonces podríamos relajarnos, como puede relajarse el médico cuando la curación del enfermo es segura o el bombero que sabe que el fuego va a extinguirse por sí solo. Precisamente porque la caída del capitalismo no es inevitable (mejor dicho, no sabemos a ciencia cierta si lo es o no), porque la victoria no está asegurada de antemano, tenemos que luchar con todas nuestras fuerzas». (Nunca me contestó.)

El marxismo no es una ciencia, y el hecho de que muchos de sus seguidores atribuyeran a sus formulaciones el rango de leyes científicas, ha sido una de las causas del fracaso del llamado «socialismo real». El marxismo no es una ciencia, pero tiene una clara vocación científica y sabe que necesita de la ciencia. Tanto como la ciencia necesita del marxismo para dejar de ser esclava del capital.

Pensamiento y acción

El intelectual rumiante (que come y regurgita papel impreso) es una especie domesticada que solo vive en las granjas, los zoos y los circos del poder.

La «soledad solidaria» de la que hablaba Aranguren (la del pensador preocupado por los problemas sociales, pero aislado en su torre de marfil) ya no es suficiente, si es que alguna vez lo fue. El mero hecho de obtener información veraz se ha convertido, en estos tiempos de manipulación mediática global, en una tarea incompatible con el tradicional aislamiento de los cenáculos culturales.

Las movilizaciones y los foros sociales necesitan de la participación de los intelectuales (es decir, de quienes han hecho de la cultura y la comunicación su oficio); pero estos, a su vez, no pueden desarrollarse sin participar activamente en dichos foros y movilizaciones.

Por las características mismas de su trabajo, el intelectual y el artista tienden al individualismo. Y en estos momentos de guerra abierta del poder contra la razón y la cultura, la lucha individual no es suficiente. Los intelectuales (sin perjuicio de otras formas de organización) tienen que organizarse «gremialmente», planear y llevar a cabo empresas colectivas.

La dialéctica teoría-praxis bien entendida empieza por uno mismo. Y no vale decir que la generación de teoría es en sí misma una praxis, en un momento en el que sin verdadera praxis (sin participación directa en los procesos sociopolíticos) es imposible tan siquiera acceder a la información necesaria para generar nueva teoría.

Los intelectuales necesitan más «formación física» en ambos sentidos de la expresión: no solo tienen que aprender física (y matemáticas: sin pensamiento cuantitativo, las posibilidades de predicción y transformación son muy escasas), sino que han de mejorar su forma física y no desdeñar la acción, el movimiento, la lucha.

La colmena utópica

Hay otra razón por la que los intelectuales tienen que salir urgentemente de sus madrigueras. Y de sus países.

Por las características mismas de su trabajo, el intelectual y el artista tienden al individualismo. Y en estos momentos de guerra abierta del poder contra la razón y la cultura, la lucha individual no es suficiente. Los intelectuales (sin perjuicio de otras formas de organización) tienen que organizarse «gremialmente», planear y llevar a cabo empresas colectivas. Las movilizaciones masivas no serían más que clamorosos testimonios si no dieran lugar a la aparición de «propiedades emergentes», de nuevas formas de relación y organización en y entre los diversos estamentos sociales. Y el estamento intelectual no puede ser una excepción.

El pensador-jardinero que cuida su *hortus conclusus* y ocasionalmente regala (o vende, más bien) sus flores y frutos a los simples mortales del mundo exterior, ha de dejar paso al pensa-

dor-abeja capaz de trabajar en enjambre y de defender la colmena con su aguijón. La colmena utópica, tanto en el sentido literal (no está en un lugar concreto ni tiene una realidad física) como en el literario: el laboratorio de ideas donde colectivamente se proyecta y se prepara la utopía (que no es lo imposible, sino lo imposibilitado por unas circunstancias que hay que subvertir, como nos recuerda Alfonso Sastre).

La caída de Constantinopla en poder de los turcos, a mediados del siglo XV, no solo marca el comienzo de la Edad Moderna, sino que la hace posible. La huida de los sabios bizantinos a la Europa occidental (sobre todo a Florencia, Venecia, Bolonia y otras ciudades italianas) dio un impulso decisivo al Renacimiento, pues con ellos —con sus bibliotecas— volvieron, para reinar en las universidades y en las cortes ilustradas, Platón y Aristóteles, Pitágoras y Euclides (que los árabes ya habían empezado a introducir por Andalucía).

Ahora que la vieja Europa es una gran Bizancio de decadente cultura sometida a los nuevos depredadores imperialistas, los intelectuales europeos tienen que viajar espiritualmente (y también físicamente, cuanto más mejor) a Latinoamérica, donde un nuevo Humanismo y un nuevo Renacimiento han encontrado en Engels y Marx su Sócrates y su Epicuro. (La Historia no se repite: simplemente, permanece. Lo que describe círculos —aunque solo aparentes: en realidad son los ciclos abiertos de una espiral en expansión— es nuestra mirada; nuestra memoria, que constantemente recuerda y olvida las lecciones del pasado).

Desde que la revolución galileana inauguró la ciencia tal como hoy la entendemos, un científico es necesariamente un experimentador. Desde que Marx y Engels dejaron claro que la función de la filosofía es cambiar el mundo, y no solo explicarlo, los pensadores que no son también hombres —o mujeres— de acción, no son gran cosa, máxime en situaciones de catástrofe material y moral

como la que nos ha tocado vivir. Parafraseando a Marañón, «el intelectual que es solo un intelectual, no es ni siquiera un intelectual».

Hay que participar personalmente en los foros y en las movilizaciones sociales. Hay que ir a Iraq y a Palestina. Hay que ir a Cuba y a Venezuela, a Brasil y a México. Y no a dar lecciones, precisamente, sino a aprender.

La torre y el púlpito

La función del intelectual no es ni puede ser otra que la de buscar, difundir y defender la verdad. Y la verdad es revolucionaria, como nos recuerda Lenin. Luego el intelectual, si no es un impostor, está, por definición, al servicio de la revolución. Denunciar las mentiras, sofismas y tergiversaciones del poder es su irrenunciable misión. Pero el intelectual es un privilegiado, y a menudo luchar contra los poderes establecidos significa luchar contra los propios privilegios. Algunos lo hacen (todos, en realidad: los demás son impostores), pero muy pocos llevan la lucha hasta sus últimas consecuencias. Y uno de los privilegios a los que el intelectual casi nunca renuncia, es el púlpito.

Como si pasar directamente de la torre de marfil al nivel del suelo fuera un salto demasiado brusco, la mayoría de los intelectuales se detiene en un escalón intermedio: el púlpito, la cátedra o la tribuna. Se acerca a los viles mortales lo suficiente como para ser oída, pero manteniéndose a una prudencial altura por encima de sus cabezas. Y desde el púlpito puede hablar sin mesura y sin temor a ser interrumpida por su auditorio cautivo.

En una conversación normal, nadie habla ininterrumpidamente durante una hora seguida o más, y si alguien lo intenta, sus interlocutores lo cortan o le administran un tranquilizante. Las conferencias y mesas redondas deberían consistir en breves exposiciones introductorias seguidas de debates abiertos. Soltar un discurso (máxime cuando el orador, como ocurre a menudo, se limita a leer un texto en voz alta) solo tendría sentido ante un público analfabeto; de lo contrario, sería mucho más razonable darles a los interesados la ponencia escrita para que cada cual la leyese donde y cuando quisiera. Los discursos solo tienen sentido —si lo tienen— cuando el auditorio no puede participar (porque es excesivamente numeroso o porque el orador se dirige a él mediante la radio o la televisión).

A mediados de febrero, participé en La Habana en una larga mesa redonda (ocupó dos mañanas enteras) sobre el mercado de las ideas y el papel de los intelectuales. Pocas veces he tenido unos compañeros de mesa tan competentes (Atilio Borón, Luis Britto, Heinz Dieterich, James Petras) y un auditorio tan selecto (en primera fila, Irene Amador, Eva Forest, Abel Prieto, Iroel Sánchez, Eva Sastre...). Fue muy interesante, pero podría haberlo sido mucho más si hubiera habido más tiempo para el debate. Además, no solo las ponencias, sino también los propios ponentes éramos excesivamente homogéneos. Como señalaron nuestras amigas de la primera fila, todos éramos «hombres, blancos y viejos» (mientras que en el público abundaban las mujeres, los negros y los jóvenes). Hay que escuchar a los ancianos de la tribu, por supuesto; pero no solo a ellos, y menos en estos tiempos vertiginosos. Y, desde luego, hay que escuchar a las mujeres (más que a los hombres, que llevamos demasiado tiempo monopolizando el discurso público). Y a los «hiperpigmentados», como se autodenominan irónicamente algunos caribeños.

La revolución pacífica

Más que un *oximoron*, «revolución pacífica», parece una contradicción *in térmis*. ¿Cómo se puede expulsar pacíficamente del poder a quienes defienden sus privilegios con la más brutal de las violencias?

Y sin embargo, la revolución es fundamentalmente «pacífica», en el sentido de que su causa es la paz (la Irene de los griegos: la Paz hija de la Justicia, la única deseable, la única posible). Y también su efecto.

Y al parecer, en determinadas circunstancias, la revolución también puede ser pacífica en el sentido más coloquial del término. De

hecho, la Revolución cubana fue poco cruenta, y la venezolana, por ahora, todavía menos.

Cuando los politólogos empezaron a hablar de la cubanización de Venezuela, Fidel Castro replicó que era Cuba la que se estaba venezolanizando. Las dos cosas son ciertas. Venezuela aprendió de Cuba, y Cuba aprende de Venezuela. Y toda Latinoamérica —y todo el mundo— tiene que aprender de ambas.

Hace poco hablaba de ello con Adina Bastidas, ex vicepresidenta del gobierno venezolano. Como ocurre con otras disciplinas protociencia, lo que impide a la politología convertirse en una ciencia propiamente dicha, es la imposibilidad de diseñar y llevar a cabo experimentos controlados. De ahí la extraordinaria importancia —no solo histórica, sino también teórica— de ese gran «experimento» que es la Revolución bolivariana (y de ese largo experimento que sigue siendo la Revolución cubana). Hay muchas conclusiones que sacar, muchas cosas que aprender, muchas teorías que revisar a la luz de lo que está pasando en Latinoamérica. Y no solo en Cuba y en Venezuela. El zapatismo, el MST brasileño, los distintos movimientos indígenas... Esos son los grandes laboratorios políticos, y las nuevas ideas tienen que forjarse o templarse en sus crisoles.

El nuevo paradigma

¿En qué consiste y cómo se lleva a cabo el cambio de paradigma? Contestar a esta pregunta es, precisamente, una de las principales tareas que nos impone la actual crisis (por no decir catástrofe) política, cultural y moral.

Algunas líneas de reflexión y de trabajo están bastante claras (y en los párrafos anteriores he intentado esbozarlas), y pasan por la superación de dicotomías y oposiciones sólidamente instauradas: ciencia-filosofía, ciencia-religión, ciencias-letras, pensamiento-acción, maestro-discípulo, orador-auditorio, hombre-mujer, joven-viejo... Y no es casual que la ciencia sea uno de los términos recurrentes de las dicotomías a superar. Porque la ciencia, en el sentido galileano de cuantificación del saber («hay que medir todo lo que es medible y hacer medible lo que no lo es»), es la herramienta básica de la revolución cultural que nos traerá un nuevo paradigma, una nueva visión del mundo. Una nueva visión del mundo que no desaproveche nada de la antigua, cuya culminación-superación es el marxismo. Actualizarlo, eliminar sus restos de dogmatismo, feminizarlo, matematizarlo... Esa es la tarea. Marx y Engels nos legaron un magnífico borrador: hay que corregirlo y aumentarlo, hay que pasarlo en limpio. Pero no de una vez por todas, sino continuamente.



Huelga señalar que los intelectuales tienen una responsabilidad muy especial y mucho trabajo por hacer. Y su primera obligación es la de formarse e informarse debidamente. Se habla mucho, y con razón, del derecho a la educación y del derecho a la información. Pero, para quienes han hecho de la cultura y la comunicación su oficio, formarse e informarse es, ante todo, un deber cotidiano. Y no todo está en los libros (nunca estuvo todo en ellos, pero hoy menos que nunca). Hay que visitar las nuevas ágoras y las nuevas palestras, tanto virtuales como físicas. Hay que salir de las torres y de los claustros. Hay que apearse de los púlpitos y de las cátedras. Hay que asumir todos los riesgos, incluso el de hacer el ridículo.

Según una vieja metáfora recientemente recuperada por el subcomandante Marcos, el intelectual ha de convertir su pluma en una espada. Pero en los tiempos que corren también ha de estar dispuesto a empuñar espadas menos metafóricas. Como me consta que están dispuestos a hacer —o ya lo hicieron— algunos intelectuales cubanos y venezolanos de primera fila.

Hacer de la pluma una espada. Y, si es preciso, cambiar la pluma por la espada. Y hacer de la espada una pluma. ▀

http://www.lajiribilla.cu/2004/n148_03/148_15.html

Raúl Corrales:

«Soy un hombre de imágenes, no de palabras, eso explica todo mi proceder», expresó Raúl Corrales, uno de los protagonistas históricos de la fotografía cubana en la tarde del 5 del febrero, cuando se inauguró su muestra personal «Tres temas» en la galería Julio Larramendi, del Hostal Conde de Villanueva, dedicada a exponer esa manifestación plástica.

Se trata de una selección de obras de los 60, los años duros del comienzo de la Revolución, que hallaron en su reflejo en un fotoperiodismo que reveló la epopeya, de un modo realista y sin dejar de descubrir aquellas metáforas subyacentes en la imagen más cotidiana y, por tanto, etapa representativa de un período paradigmático en la fotografía cubana.

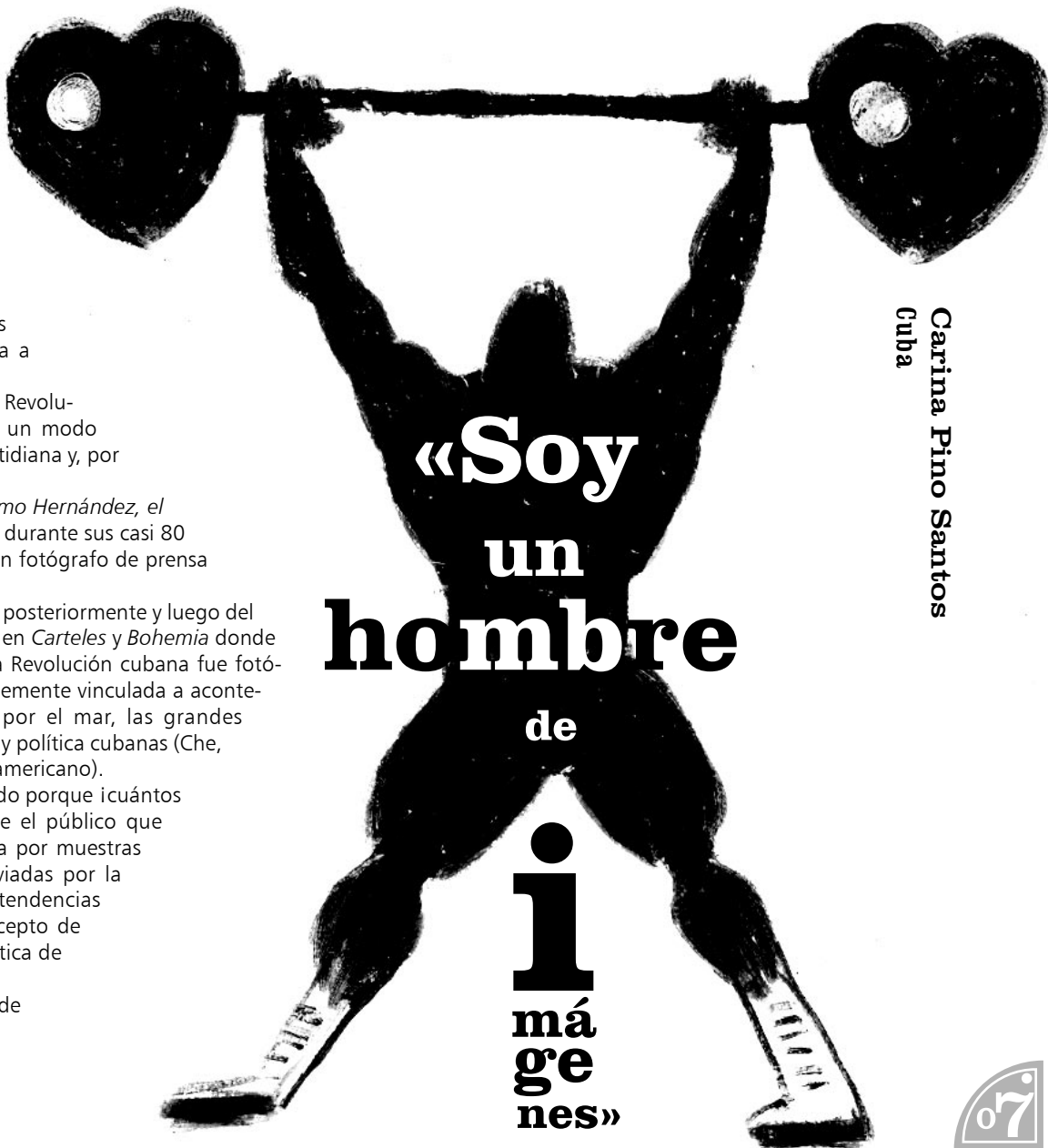
El sueño, La pesadilla, Crisis de Octubre, Sombreritos, Hemingway y Fidel, Anselmo Hernández, el viejo, develan a ese artista que subyace en el periodista gráfico que ha sido Corrales durante sus casi 80 años de vida. Porque como él mismo expresara en la inauguración, se considera «un fotógrafo de prensa que ha sido consecuente con la época en que he vivido».

Corrales se inició en la agencia Cuba Sono Films a mediados de la década del 40, posteriormente y luego del cierre de aquella, como consecuencia del macartismo, comenzó en los 50 a trabajar en *Carteles* y *Bohemia* donde cubrió principales reportajes de esas publicaciones, posteriormente al triunfo de la Revolución cubana fue fotógrafo acompañante de Fidel Castro. Es así como su historia personal está indisolublemente vinculada a acontecimientos trascendentes (la estancia de Hemingway en Cojímar y su pasión por el mar, las grandes concentraciones de pueblo y las escuelas al campo), y a personalidades de la cultura y política cubanas (Che, Camilo, Fidel, Anselmo Hernández, el pescador y ayudante del gran escritor norteamericano).

«He sido consecuente con la época en que he vivido, y creo que soy un privilegiado porque ¡cuántos quisieran haber pasado por los caminos que yo anduve!», expresó Corrales ante el público que asistió a la exposición. Y ciertamente su creación, sumamente extensa, aún espera por muestras antológicas de mayor alcance y por curadurías capaces de descubrir aristas obviadas por la historiografía o por la crítica que, desde la contemporaneidad privilegia otras tendencias estéticas y margina una expresión a la que, entonces, no podía exigírsele el concepto de construcción de nuevas realidades, ese que desde hace dos décadas fluye en la poética de los fotógrafos contemporáneos cubanos.

Las obras expuestas de Corrales, Premio Nacional de Artes Plásticas, de inicios de los 60, constituyen una invitación imprescindible para valorar un fragmento de la historia y de la fotografía de la Cuba de ese período, hoy mitificado gracias a esas imágenes congeladas cuya trascendencia no es ni será posible obviar. ▀

http://www.lajiribilla.cu/2004/n148_03/148_21.html



José Steinsleger
México

Dogville

Para realizar *Dogville*, el cineasta danés Lars von Trier (1957) no puso mientes en el primer párrafo de *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, de Max Weber: «Cuando un hijo de la moderna civilización europea se dispone a investigar un problema cualquiera de la historia universal, es inevitable y lógico que se lo plantee desde el siguiente punto de vista: ¿qué serie de circunstancias han determinado que precisamente solo en Occidente hayan nacido ciertos fenómenos culturales, que (...) parecen marcar una dirección evolutiva de universal alcance y validez?» (1901).

Se le agradece. De lo contrario, Lars hubiese filmado un ensayo sociológico. A cambio, consiguió exponer, parabólicamente, la encrucijada de nuestra época. En *Dogville* no hay metáforas. Las cosas son las cosas y las personas son las personas. ¿Qué más podrían ser?

En un pueblito perdido...

Inspirado en *Jenny, la pirata*, canción popular que trata el tema de la venganza (incluida por Bertolt Brecht en *La ópera de dos centavos*, 1928), Lars sitúa su historia durante la gran crisis capitalista de inicios de los años 30, en una aldea recóndita de las Montañas Rocosas.

A *Dogville*, llega Grace (Nicole Kidman), huyendo de una banda de gánsters. Presa del miedo, Grace cree que en esta arcadia rural habitada por almas sencillas y honestas, hallará amparo. No será fácil.

Con su mina de plata paralizada por la crisis, el pueblo apenas subsiste. Además..., ¿no dice la Biblia que el huésped, después de tres días, huele a pescado?

En *Dogville* vive Tom (Paul Bettany), escritor estéril que tiene idealizada la imagen de sí mismo. Tom sueña con escribir un libro que conmueva moralmente al mundo. Pero en lugar de escribir, anda de metiche en los asuntos de ínfima cuantía de la aldea. Y cuando imagina el momento en que le preguntarán cómo logró su obra maestra, Tom se responde: «con el ejemplo».

Tom tiene el deseo de hacer las cosas bien, encarando a todos con calidez y bondad. Grace también anhela creer en la gente. En «La» ciudad ha visto a las personas hacer cosas propias del mal, que todo lo distorsiona. Quiere ser una persona recta y buena para saber quién realmente es.

El pueblo delibera. Unánimemente se acuerda que la joven permanezca dos semanas. Tom propone que Grace trabaje. La comunidad responde que no hace falta. Suerte de «juez de paz», Tom insiste. Ella se esmera. Transcurrido el plazo es aceptada, conviniéndose en que cada miembro de la comunidad le pague según sus posibilidades.

Con su magro salario, Grace simboliza la ligazón afectiva con *Dogville* comprando sucesivamente las figuritas de porcelana barata que Ma'Ginger (Lauren Bacall) exhibe en el escaparate de su tienda. Pero en la celebración del 4 de julio, día en

que Tom y Grace se confiesan su amor, el sheriff del condado interrumpe la fiesta y coloca un cartel que ofrece recompensa por la captura de Grace.

Dogville muestra los dientes

Tom convence a la comunidad de que ella no es peligrosa. Sin embargo, Grace empieza a ser acosada. Las mujeres la regañan por faltas ridículas, rompen sus figuritas y los caballeros de moral intachable la seducen con chantajes. Los niños que ella ayudaba en sus tareas escolares participan de la humillación, tocando la campana de la iglesia tras cada violación a la que es sometida.

Tom observa la degradación, sufre, mas nada hace para impedir el dolor de Grace. Con todo, le entrega dinero que roba a su padre para que ella pueda huir del pueblo. El papá de Tom (Phillip Baker Hay) es médico y se llama como el inventor de la silla eléctrica: Thomas A. Edison, aquel moralista inescrupuloso, símbolo de la ingenuidad estadounidense, que vivió desilusionado por no haber podido librar al hombre del «tormento de la reflexión» y a la mujer de la maternidad.

El doctor Edison se la pasa leyendo *Las aventuras de Tom Sawyer*, del satírico Mark Twain, quien alguna vez dijo: «...en la Biblia aparecen mencionados los anglosajones: bienvenidos los pobres de espíritu porque ellos heredarán la tierra de los hombres».

A mitad del viaje, el transportista comprometido en la fuga, se queda con el dinero, viola a Grace y la devuelve a la aldea. Para impedir que vuelva a huir, la piadosa gente de la comunidad le pone a la joven el collar del perro de *Dogville*, y una pesada cadena atada a una vieja rueda oxidada. El artefacto ha sido diseñado por el resentido Bill Benson (Jeremy Davis), quien sueña con ser ingeniero, pero apenas sabe jugar a las damas.

Hombre democrático ante la voluntad de la mayoría, Tom no la defiende del suplicio y le dice que es «por su bien». Finalmente, Tom opta por liberarse de ella, llamando a los gánsters a quienes recibe en un comité de bienvenida. *Dogville* es un pueblo hospitalario, creyente y, por sobre todo, inocente.

¡Oh sorpresa...! El jefe de los gánsters (James Caan), es el padre de Grace. En el diálogo que ambos sostienen dentro del coche, pieza de excelencia dramática, le dice: —«¿Sigues creyendo en ellos?». Grace duda. Los gánsters inteligentes son personas que aman entrañablemente a su familia y están persuadidos de que el género humano no se merece ni la piedad ignaciana de Loyola ni la salvación del monje agustiniano Lutero. La agraviada debe tomar una decisión.

Con el poder que le confiere el padre, Grace dicta sentencia:

—«Mátalos a todos». La orden incluye a los niños, con dedicatoria especial.

—«Aprendes rápido», observa el papá. Grace comenta que la gente debe responsabilizarse de sus acciones y ella cree realmente que el mundo sería un lugar mejor sin este pueblo.

Todos deben morir. En especial Tom, quien hasta el último momento trata de componer las

cosas, pues «algo positivo» puede quedar de la tragedia, ¿no decía Edison que «una experiencia nunca es un fracaso porque siempre viene a demostrar algo»?

Sin que le tiemble el pulso, Grace le dispara a Tom. ¿Excesos del director de *Dogville*? Al lado de la historia de la Iglesia y los piadosos velos sobre los mejores detalles, cualquier exceso es poquedad.

La parábola

Roland Barthes sostiene que en la ideología brechtiana hay un carácter histórico y no «natural» de las desgracias. «El contagio espiritual de la alienación económica, ciega las causas de su servidumbre a los mismos a quienes esta oprime (...) en tales circunstancias, el derecho solo puede ser restablecido por un juez que sea un bribón» (*Arguments*, 1956).

El filme cierra con una secuencia fugaz de fotodramas de la miseria en Estados Unidos, realizadas por el gobierno de la época. Entre estas aparece el ex presidente Richard Nixon, líder de la llamada «mayoría silenciosa» de los años 70.

Diez años después, Jerry Fallwell, pastor de cabecera de la familia Bush, convirtió aquella «mayoría» en «moral» y en los 90, un Moisés recidado del Partido Republicano, llamado Newt Gingrich, la incorporó a su Contrato con América, fruto del pantano judeo-cristiano de Occidente.

Moisés, perro de *Dogville*, es el único ser que perdona la venganza de Grace. Dibujado en el suelo, la cámara enfoca la silueta del animal, cuadro final que lo muestra adquiriendo forma de temible mastín ladrando con ferocidad a la cámara.

Todos los personajes de *Dogville* han aparentado ser ingenuos. Todos, menos los gánsters. Y como enseñan las tragedias de Sófocles, estudioso de las crisis sociales y sus repercusiones psicológicas, la auténtica quimera es la impersonalidad total de la mirada. «El tiempo, que vela por todo, ha dado la solución a pesar de ti», dijo el rival de Eurípides.

Situada donde el Servicio de Parques Federales de EE.UU. acaba de abandonar la explicación geológica del Gran Cañón del Colorado (dando fe al «creacionismo» de los grupos religiosos fundamentalistas), *Dogville* cuenta, de algún modo, la historia del fin del mundo. Cuando James Caan vio el filme, tuvo una premonición:

—¡Wow!... ¿a esto nos llevan los Bush? ▀

http://www.lajiribilla.cu/2004/n148_03/148_17.html



La situación de la edición literaria o cultural en España no es diferente en sus grandes líneas a la edición en los países de su contexto cultural y económico, si bien guarda características propias provenientes de su propia historia y condicionantes. Sin una revolución burguesa por el medio, puede decirse que la edición española en general ha vivido, como el país, una situación inestable. Que ninguna de las principales casas editoriales de hoy se remonten más allá de un siglo y que la mayoría no alcance el medio siglo de existencia, es buena prueba de ello. Todo un siglo XIX atravesado por luchas entre legitimidades políticas y con el peso enorme de la mirada religiosa, en poco contribuyó a la creación de una esfera cultural capaz de crear un tejido editorial fuerte y autónomo. Un siglo XX que vive un momento de expectativa cultural previo a la II República que parece confirmarse con su proclamación, para desaparecer brutalmente aniquilado por la Guerra Civil. Durante la larga noche del franquismo el mundo editorial acabará por desdoblarse en dos líneas culturales y editoriales: una conservadora culturalmente y de clara vocación comercial (Planeta, Destino, Espasa Calpe, Plaza & Janés); y otra ligada en mayor o menor grado a la «la cultura»: Seix Barral, Alfaguara, Alianza Editorial o Ciencia Nueva, Anagrama, Tusquets. Dos mundos que durante años apenas se tocan, aun cuando el catálogo de editoriales como Destino acabe por surtir de autores al otro bloque de editoriales. Con la normalización democrática el mapa editorial se reorienta hacia una situación semejante a la de su entorno cultural: progresiva invasión de la lógica del mercado —sirva como ejemplo la entrada de Planeta en el espacio literario reservado a la cultura no comercial—, entrada de las multinacionales extranjeras, creación de conglomerados empresariales relacionados con el mundo de la comunicación, absorción de la cultura lectora por las culturas del entretenimiento, las ventas como nueva y casi única legitimación literaria, tiranía de las listas de libros más vendidos, escaso mercado en relación con la alta capacidad productiva, dificultades constantes para la consolidación de un mercado editorial en lengua castellana a uno y otro lados del Atlántico.

Es en este contexto donde surge la queja y la alarma cultural por parte de algunos sectores del campo cultural (incluidas algunas editoriales) que parecen temer que «las masas democráticas» pisen y estropeen los jardines de Versalles que la «cultura» ha venido preservando desde al menos la Revolución francesa. Alarma que consciente o inconscientemente parece sintonizar con la contestación antiglobalización que pretende, una vez más, buscar la cuadratura del círculo: vender la carne sin que te quiten la sangre, acabar con el capitalismo salvaje sin acabar con el capitalismo, reproducir capital, pero condeando los efectos y consecuencias «perversas» para el mundo editorial de la lógica interna de ese capital. Una pretensión que en la práctica nadie llega a creerse; prácticas que pasan

por la integración en las redes de distribución de los grandes grupos, por políticas de fomento del sistema de premios como reclamo comercial, por fuertes inversiones en publicidad directa, por apuestas literarias basadas en los éxitos comerciales ya contrastados en el exterior o por el abandono de autores no rentables. Las llamadas editoriales independientes no dejan de ser en realidad empresas de capital familiar o personal que basan su estrategia comercial en la apariencia de unas señas de identidad cultural ficticias buscando rentabilizar el plusvalor, crédito o «capital simbólico» que todavía hoy la cultura humanista conlleva.

Presentar ese modelo editorial como una alternativa o una opción posible, resulta algo ingenuo. Ciertamente que la relativamente modesta inversión que una editorial requiere, permite y

paradójicamente, en el acoso a ese imaginario dominante utilizando y profundizando las contradicciones que el capitalismo avanzado va dejando a su paso.

Mientras tanto, el horizonte de la edición seguirá destruyendo los restos de las formaciones culturales que encuentre en su camino por mucho que las elites humanistas lamenten la desaparición de la alta cultura y el triunfo de los grandes almacenes con sus tres tallas únicas. Ni siquiera el *pret-a-porter* editorial tiene un futuro muy esperanzador. Con el monopolio de la producción de necesidades que detentan, con el inmenso sistema de desinformación que utilizan, con el colaboracionismo general que encuentran, con la necesidad de incrementar la rentabilidad a las que la competencia les obliga y con la impunidad con que explotan y reestructuran las empresas las actuales empresas del capital, el futuro de la industria editorial está más cerca de las actuales industrias cinematográfica y discográfica que de aquel idílico editor que leía todo lo que publicaba, seleccionaba según su criterio personal, y dejaba en manos de la distribución y del público a quien tanto amó su destino empresarial, siempre en milagrosa búsqueda de ese éxito que le salvara el ejercicio presupuestario.

Lo previsible es un futuro que hoy puede parecer de ciencia-ficción: los directores literarios serán jefes de compras de manuscritos que dedicarán su jornada de trabajo a recibir a la larga cola de agentes literarios que habrán seleccionado con los menores costes posibles los manuscritos a ofertar. Las propuestas de edición serán sopesadas a golpes de escándalos: previsión de tiradas, Pvp presumible, gastos de explotación, gastos de promoción y publicidad, márgenes de contribución. La incertidumbre propia de la edición será reducida con encuestas de intención. La mayoría de los títulos será encargada con menú a la carta. La creación de textos de ficción será un trabajo colectivo: experto en tramas, más experto en diálogos, más experto en adjetivos, más experto en finales, más experto en inicios. Los grandes grupos crearán sus propias y exclusivas cadenas de librerías y difundirán sus productos a través de sus propios medios de comunicación. Y, sin embargo, el arte prevalecerá: el arte de vender. ▀

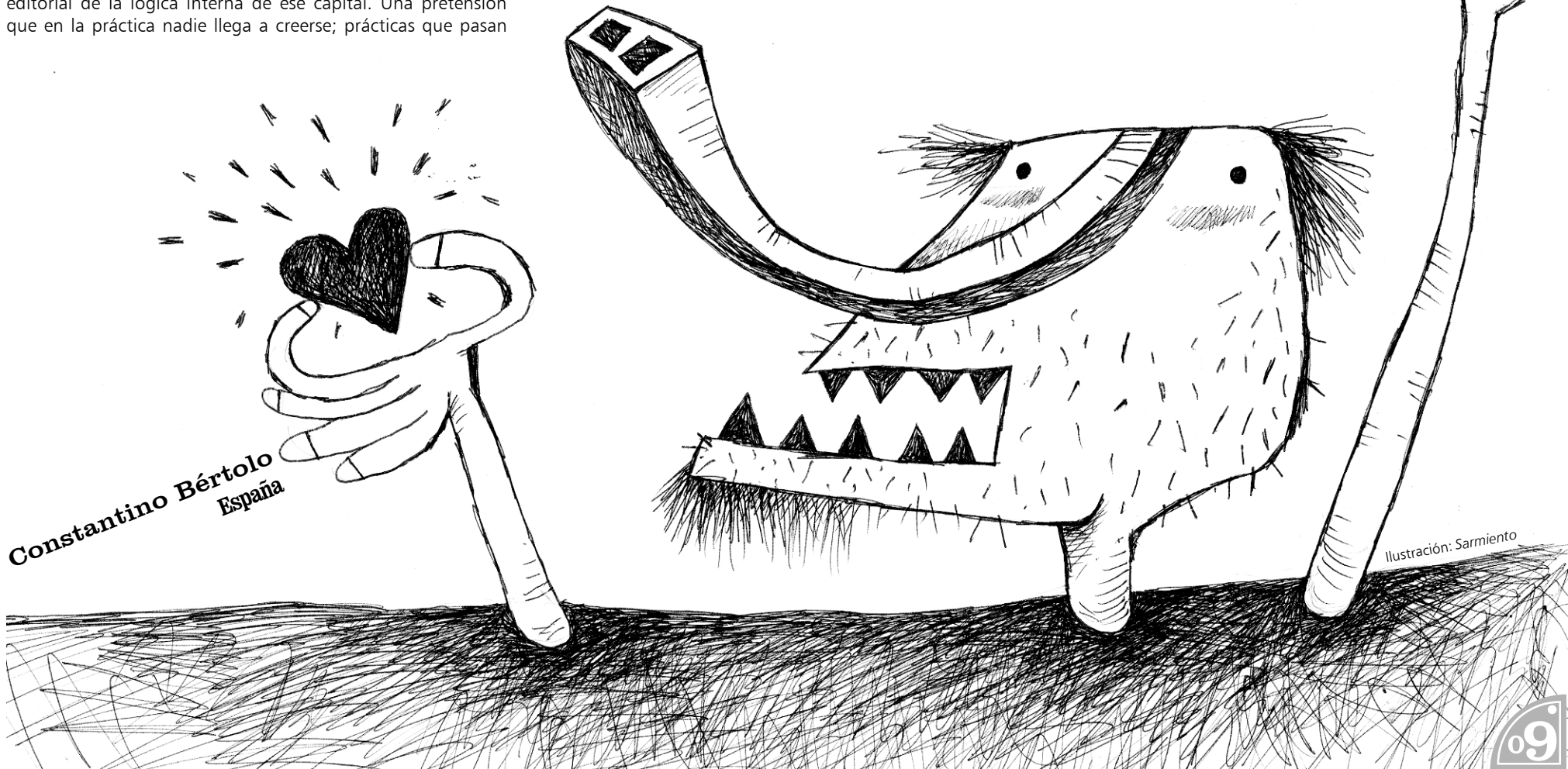
Tomado de «Acercas de la edición sin editores y del capitalismo sin capitalistas», conferencia leída durante la Feria del Libro de La Habana, del 5 al 15 de febrero de 2004.

http://www.lajiribilla.cu/2004/n146_02/146_10.html

Edición literaria en España: diagnóstico y profecías

seguirá permitiendo que al actual tejido editorial español se sumen nuevas editoriales de tamaño pequeño o mediano. El propio sistema reclama y necesita instancias donde el mercado editorial como conjunto explore líneas y horizontes nuevos. Pero que nadie se engañe: solo se puede sobrevivir ateniéndose a la lógica del capital y aquel que quiera jugar a socialdemócrata y crea que hay un capitalismo bueno y un capitalismo malo, corre el mismo riesgo de aquel indio que creía ser el último rebelde cuando en realidad trabajaba de explorador aventajado por el grueso del Séptimo de Caballería.

La alternativa real al sistema editorial dominante no goza hoy de condiciones para su existencia. Sus posibilidades supondrían la existencia de un amplio tejido social y político opuesto al sistema de producción capitalista. Algo que hoy no solo parece imposible, sino que también han logrado presentar como no deseable. La hegemonía de los aparatos culturales al servicio del sistema —entre ellos el sistema editorial— han logrado presentar como inverosímil tal alternativa. Las únicas posibilidades de trabajo en esa línea parecen residir,



modificar de forma dinámica las circunstancias históricas.

La importancia universal de la Revolución cubana reside en su gran afinidad con las aspiraciones de aquellos que desean romper con los paralizantes impedimentos del orden social capitalista.

Aunque en un sentido general esto concierne a cualquiera que comparta la causa de la emancipación humana, es comprensible que los ecos generados por la Revolución cubana sean mayores en América Latina. Porque todos los países de ese continente han estado, y de hecho están, bajo el dominio de la misma potencia imperialista, y porque constantemente sus esfuerzos para remediar de manera significativa esta situación han sido frustrados y a fin de cuentas anulados siempre, debido tanto a causas externas como internas, por ese sistema en el que han tenido que reproducir sus condiciones de existencia. El mensaje de la Revolución cubana para ellos fue, por tanto, doble.

En primer lugar, enfocaba la cuestión de que los países reconquistaran su soberanía nacional y el correspondiente poder de decisión que Norteamérica les ha quitado, liberándose así del dominio militar, político y económico de su poderoso vecino.

Y en segundo lugar, simultáneamente, la cuestión también fundamental de que el sistema socioeconómico de producción, como un todo, debía someterse a una crítica radical, tanto por el abrumador dominio del orden capitalista de los EE.UU., como por el acronismo histórico y el destructivo derroche que están determinados por el metabolismo social capitalista y que se han generalizado en la actual etapa de la historia. En otras palabras, que todos los países latinoamericanos (y no solo ellos) debían luchar para salir del verdadero círculo vicioso que implica intentar resolver sus inmensos problemas en el estrecho margen cínicamente inflado de la «ayuda económica» norteamericana, cuando es en realidad la propia economía de los EE.UU. la que sigue siendo masivamente dependiente de los recursos que —de manera explotadora y a través de múltiples vías— transfiere a su propia esfera de producción y consumo desde el resto del mundo. Y la descorazonadora verdad es que este círculo vicioso debe operarse —no mediante una política rectificable de «iluminada visión», como nos propone la «teoría para el desarrollo modernizador», sino al contrario— como la imposición en esencia inalterable de un sistema que resulta limitado en su estructura e históricamente anacrónico, pero para el cual «no puede haber alternativas» (como no se cansan de repetir sus principales políticos), con los EE.UU. en la cima.

Desde el principio mismo, el mensaje de la Revolución cubana fue inequívoco respecto a estos dos grupos de preguntas que tan hondamente afectan a todos los países latinoamericanos. Así, sin importar cuán rápido o con cuánto éxito estos países puedan actuar en función de cumplir sus objetivos comunes, el doble mensaje de la Revolución cubana —que llama no solo a la lucha antimperialista, sino también al cambio estructural y sistémico de la sociedad como condición indispensable para el éxito de esta lucha— tiene que resonar con mayor intensidad en todo el continente, incluso bajo las circunstancias más difíciles.

IV

En relación con el tiempo que nos espera, es indudable que los retos y los peligros seguirán siendo inmensos, a pesar de todos los logros. La amenaza militar de los EE.UU. contra Cuba se ha incrementado en los últimos años, en consonancia con la creciente agresividad de la política norteamericana hacia todo el mundo. De hecho, como se ha mencionado anteriormente, Cuba ha sido señalada como uno de los estados que conforman el «eje del mal», con todas las siniestras implicaciones que trae aparejadas esta caracterización. Sin embargo, los políticos estadounidenses también deben recordar la humillante derrota en Bahía de Cochinos. Deben comprender que la advertencia de Fidel Castro en su discurso del 1º de

mayo de 2003 no fue una amenaza ociosa cuando insistió en que, en caso de ser atacada Cuba, como Iraq, «los agresores no se enfrentarán a un solo ejército, sino a miles de ejércitos que se reproducirán constantemente para hacerle pagar al enemigo un precio tan alto en bajas, que excederá con mucho el costo en vidas de los hijos e hijas que el pueblo norteamericano estará dispuesto a pagar por las aventuras e ideas del presidente Bush.»

En realidad, el proyecto norteamericano de dominación imperialista global no tiene mejor futuro que las primeras y siempre fallidas variantes de imperialismo. Antes o después, los hiperextendidos agresores también han de venir a menos, incluso si en el camino hacia su fracaso definitivo destruyen las condiciones para la existencia humana en el planeta. Y en este sentido literalmente vital, vencer la amenaza militar a que Cuba está sometida es la causa común de toda la humanidad.

Naturalmente, los peligros no se limitan solo al plano militar. Su otra dimensión, también de crucial importancia, es la guerra político-económica a la que Cuba ha sido sometida en los pasados 45 años, una guerra que se ha ido intensificando constantemente y que ha asumido nuevas y más peligrosas formas. Hoy asume la forma de una enorme presión para la «apertura al mercado», que —si tomamos en cuenta el hecho de que la aceptación de la ideología de mercado contribuyó significativamente a la desintegración del sistema soviético bajo el gobierno de Gorbachov y sus colaboradores— es de todas la más problemática.

Cuando Stalin formuló en 1952 su primera versión de la disciplina de mercado —según la cual la «fuerza de trabajo» sería «compensada» por su conformidad a tal disciplina con «mercancías producidas eficientemente»—, mucho de lo que hasta entonces había decretado era bastante infundado desde el punto de vista teórico y quedaba en el reino de la fantasía. Pues el sistema soviético no podía funcionar sobre la base de la producción y circulación de mercancías, según los dictados de la ley del valor, sobre todo por la simple razón de que no tenía un mercado adecuado y, menos aún, un mercado de fuerza laboral. Y aunque es posible regular con cierto grado de seguridad muchas cosas en una economía con la ayuda de un pseudomercado como el que de hecho existía en la Unión Soviética, no es en modo alguno posible regular la ubicación y el control firme de las fuerzas laborales vivas. Incluso Kruchov se resistió a la tentación de extender hacia ese peligroso terreno los cambios inspirados por Stalin. Solo bajo el gobierno de Gorbachov se dio el paso crítico hacia el establecimiento de un mercado de trabajo completamente libre, lo que —en vez de satisfacer las alucinantes expectativas de los políticos— trajo consecuencias catastróficas para la economía y la sociedad soviética.

Es aquí donde se encuentra el límite crucial. Evidentemente, el término «apertura al mercado» permite hablar de muchas cosas, aunque con frecuencia no implica otra cosa que el mejor uso de los recursos materiales y humanos; lo que es un interés perfectamente legítimo bajo todas las circunstancias. No obstante, donde este interés resulta violado burdamente, a pesar de que con mucha frecuencia se afirma lo contrario, es de hecho en la etapa actual del capitalismo, caracterizada por un desesperante derroche en la producción y el consumo. En esta etapa, el capitalismo se torna enemigo jurado de toda preocupación real por la economía y el empleo racional de los recursos. La pregunta que debemos respondernos es la siguiente: ¿Quién tiene el control efectivo sobre todos los recursos de la sociedad, los «productores asociados» o una fuerza extraña que toma las decisiones, incluso si esta última se adorna ideológicamente con el nombre de la supuestamente benévola «mano invisible» de Adam Smith? Una vez que las fuerzas laborales vivas se convierten en una mercancía más, movidas en una u otra dirección según los requerimientos fetichistas y misticadores —tan poco objetivos— del mercado de trabajo, las

puertas se cierran firmemente a todas las aspiraciones de satisfacer los imprescindibles propósitos socialistas del pueblo. En lugar de esto, como nos enseña la amarga experiencia histórica, todo es echado al torbellino de la restauración capitalista. Solo la más ansiosa forma de ilusión puede esperar que Cuba se rinda en este aspecto vital.

La Revolución cubana ha demostrado en incontables ocasiones y de la manera más tangible su solidaridad con la causa de la emancipación humana. Pero la solidaridad es una vía de dos direcciones. La solidaridad internacional puede hacer una significativa contribución a la Revolución cubana en los próximos 45 años. ■

NOTAS

¹ Se refiere a los secuestros de varios aviones y embarcaciones por parte de ciudadanos cubanos deseosos de emigrar a los EE.UU. (N.del T.)

² Este artículo fue escrito a solicitud del periódico brasileño *Margem esquerda* y se publicó en su edición correspondiente a noviembre de 2003. La versión inglesa apareció en enero de 2004, en la sección «Review of the Month», del periódico *Monthly Review*.

³ Lincoln Díaz-Balart, «un amigo íntimo y consejero del presidente Bush, ha hecho esta enigmática declaración para una emisora de televisión de Miami: 'No puedo dar detalles, pero estamos intentando romper el círculo vicioso.' ¿Cuáles son los métodos que piensan emplear con este círculo vicioso? ¿Eliminarlos físicamente con los sofisticados y modernos medios que han desarrollado, como les prometió el señor Bush en Texas antes de las elecciones? ¿O atacar a Cuba del mismo modo que atacaron a Iraq?». Tomado del discurso del presidente Fidel Castro el 1º de mayo de 2003.

⁴ Tomado de la edición india de *Socialismo y Barbarismo*, K. P. Bagchi & Co., Kolkata, 2001, p.3.

⁵ En inglés: Force Application and Launch from the Continental US: Aplicación y Lanzamiento de la Fuerza desde el Continente Americano.

⁶ Julian Borger, «US-based missiles to have global reach», *The Guardian*, 1 July 2003.

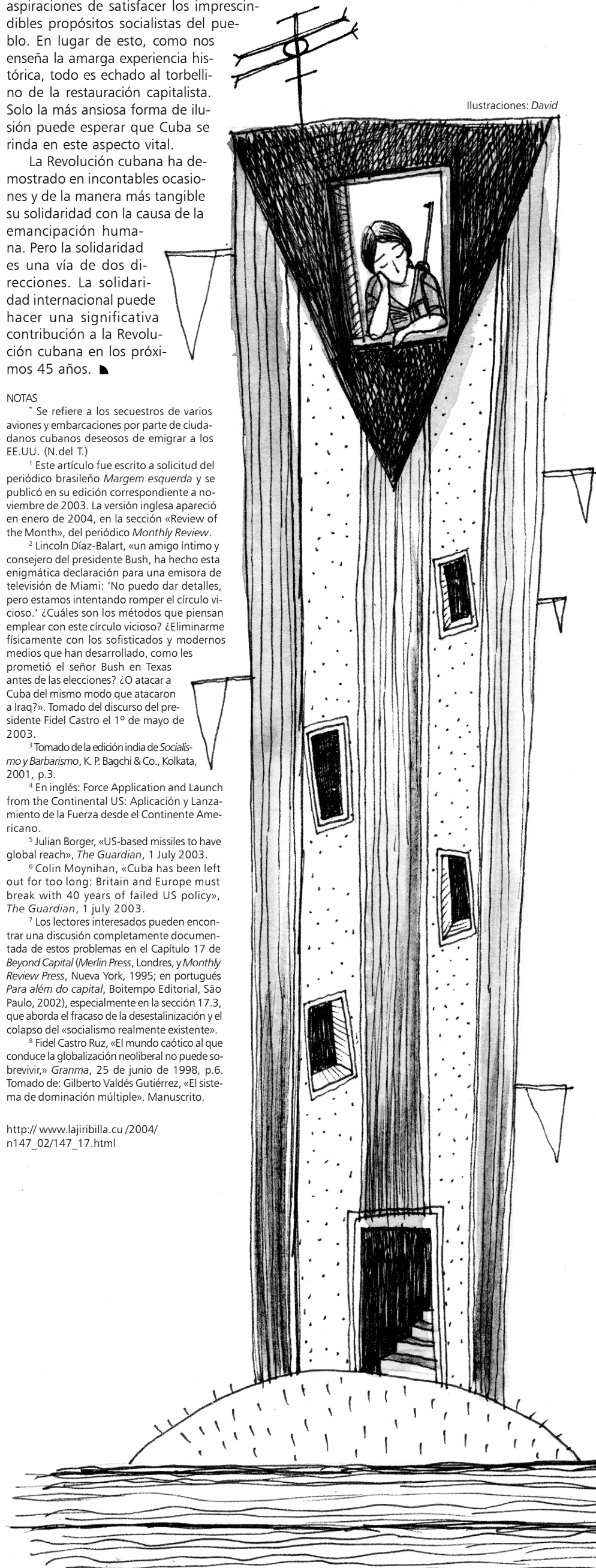
⁷ Colin Moynihan, «Cuba has been left out for too long: Britain and Europe must break with 40 years of failed US policy», *The Guardian*, 1 July 2003.

⁸ Los lectores interesados pueden encontrar una discusión completamente documentada de estos problemas en el Capítulo 17 de *Beyond Capital* (Merlin Press, Londres, y *Monthly Review Press*, Nueva York, 1995; en portugués *Para além do capital*, Boitempo Editorial, São Paulo, 2002), especialmente en la sección 17.3, que aborda el fracaso de la desestalinización y el colapso del «socialismo realmente existente».

⁹ Fidel Castro Ruz, «El mundo caótico al que conduce la globalización neoliberal no puede sobrevivir», *Granma*, 25 de junio de 1998, p.6. Tomado de: Gilberto Valdés Gutiérrez, «El sistema de dominación múltiple». Manuscrito.

http://www.lajiribilla.cu/2004/n147_02/147_17.html

Ilustraciones: David





Ilustraciones: Darién

capitalismo frente al socialismo: el gran debate revisitado

James Petras
EE.UU.

las industrias comerciales pasaron a las manos de compañías multinacionales europeas y estadounidenses y de multimillonarios mafiosos o bien cesaron de existir. Esto ha llevado al paro masivo y al empleo temporal, a un estancamiento relativo, una enorme emigración y una descapitalización de la economía a través de transferencias ilegales, lavado de dinero y pillaje de recursos.

En Polonia, los antiguos astilleros de Gdansk, el punto de origen del sindicato Solidaridad, están cerrados y ahora son una pieza de museo. Más del 20% de la mano de obra se encuentra oficialmente en paro (*Financial Times*, 21/22 de febrero de 2004) y así ha sido durante la mayor parte de la década. Otro 30% está «empleado» en trabajos marginales y mal pagados (prostitución, contrabando, drogas, mercados callejeros, vendedores ambulantes y economía sumergida). En Bulgaria, Rumania, Letonia y la antigua Alemania del Este prevalecen condiciones similares o peores: el verdadero promedio *per cápita* del crecimiento durante los pasados quince años es muy inferior al de los quince años precedentes bajo el comunismo (sobre todo si incluimos las ventajas de la asistencia médica, la educación, la vivienda subvencionada y las pensiones). Además, las desigualdades económicas han crecido de manera exponencial y el 1% de la población que disfruta de los ingresos superiores controla el 80% de los activos privados y más del 50% de los ingresos, mientras que los niveles de pobreza sobrepasan con creces el 50%. En la antigua URSS, sobre todo en las repúblicas asiáticas más meridionales, como Armenia, Georgia y Uzbekistán, el nivel de vida ha caído en un 80%, casi un cuarto de la población ha emigrado o se ha convertido en indigente, y las industrias, el tesoro público y las fuentes de energía han sido objeto de latrocinio. Los sistemas científico, sanitario y educativo han sido casi destruidos. En Armenia, el número de investigadores científicos disminuyó de 20 000 en 1990 a 5 000 en 1995, y sigue bajando (*National Geographic*, marzo de 2004). Armenia, de ser un centro de alta tecnología soviética, ha pasado a ser un país controlado por bandas criminales en el que la mayoría de la gente vive sin calefacción ni electricidad.

En Rusia, el pillaje ha sido aún peor y el declive económico mucho más grave. A mediados de los años 90, más del 5% de la población (e incluso más en el exterior de Moscú y San Petersburgo, la antigua Leningrado) vive en la pobreza, ha aumentado el número de personas sin hogar y los servicios sanitarios y educativos universales ya no existen. Nunca en tiempos de paz de la historia moderna hubo un país que cayera tan bajo y con tanta rapidez y profundidad como la Rusia capitalista. La economía fue «privatizada», es decir, fue asumida por gánsteres rusos, dirigidos por los ocho oligarcas multimillonarios que sacaron fuera del país más de doscientos mil millones de dólares, sobre todo a bancos de Nueva York, Tel Aviv, Londres y Suiza. El asesinato y el terror han sido las armas escogidas para la «competitividad económica», conforme cada sector de la economía y de la ciencia quedaba

diezmado y los científicos de clase mundial mejor entrenados se veían privados de recursos, de instalaciones básicas y de ingresos. Los principales beneficiarios fueron los antiguos burócratas soviéticos, los capos mafiosos, los bancos estadounidenses e israelíes, los especuladores inmobiliarios europeos, los constructores del imperio estadounidense, los militaristas y las compañías multinacionales. Los presidentes Bush (padre) y Clinton proporcionaron apoyo político y económico a Gorbachov y a los regímenes de Yeltsin que supervisaron el pillaje de Rusia, ayudados e incitados por la Unión Europea e Israel. El resultado del robo masivo —el paro, la pobreza y la desesperación— ha contribuido a un enorme aumento de suicidios, trastornos psicológicos, alcoholismo, drogadicción y enfermedades raramente padecidas en los tiempos soviéticos. La esperanza de vida entre los rusos de sexo masculino cayó de 64 años al final del socialismo a 58 años en el 2003 (*Wall Street Journal*, 2 de abril de 2004), por debajo del nivel de Bangladesh y 16 años por debajo de los 74 años de Cuba (Estadística Nacional Cubana 2002). La transición al capitalismo en Rusia, por sí sola, ha dado lugar a más de 15 millones de muertes prematuras (que no habrían ocurrido si las tasas de esperanza de vida hubieran permanecido en los niveles del socialismo). Estas muertes socialmente inducidas bajo el nuevo capitalismo son comparables a las del peor período de las purgas de los años 30 del pasado siglo. Los expertos demográficos predicen que la población de Rusia disminuirá en un 30% a lo largo de las próximas décadas (*WSJ*, 4 de febrero de 2004).

Las peores consecuencias de la «transición» al capitalismo apoyada por Occidente todavía están por venir durante los próximos años. La introducción del capitalismo ha minado por completo el sistema de salud pública, lo que ha conducido a una explosión de enfermedades infecciosas mortales, antes bien controladas. El Programa Conjunto de las Naciones Unidas sobre el VIH/SIDA (UNAIDS) publicó un informe general en el que se decía que en Europa del Este y en Asia Central, «...los niveles de infección crecen con mayor rapidez que en otras partes, más de 1,5 millones de personas en la región están hoy infectadas (2004), en comparación con los 30 000 casos en 1995» (y menos de 10 000 en el período socialista). Las tasas de infección son todavía más elevadas en la Federación Rusa, donde la tasa de aumento de la infección por el virus del SIDA entre los jóvenes que llegaron a la mayoría de edad bajo los regímenes «capitalistas» apoyados por Occidente entre 1998 y 2004 se encuentra entre las más elevadas del mundo.

Las bandas criminales de Rusia, Europa del Este, los Balcanes y los países bálticos contribuyen enormemente a la epidemia de SIDA a través del tráfico de heroína y de las 200 000 «esclavas sexuales» que cada año distribuyen por los burdeles de todo el mundo. La violenta mafia albanesa, que opera en el recién «liberado» Kosovo, controla una parte significativa del tráfico de heroína y de la prostitución en toda la Europa Occidental y en Norteamérica. Las enormes cantidades de heroína producidas por los señores de guerra del «liberado» Afganistán —aliados de EE.UU.— pasan a través de los miniestados de la antigua Yugoslavia e inundan los países de la Europa Occidental. Los recién «emancipados» oligarcas de la mafia judía rusa controlan una parte importante del tráfico de drogas, armas ilegales, mujeres y niñas destinadas a la industria sexual y del blanqueo de dinero en todos los países de EE.UU., Europa y Canadá (Robert Friedman, *Red Mafiya*, 2000). Los multimillonarios de la mafia han comprado y han vendido prácticamente a todos los principales políticos electorales y partidos políticos de las «democracias del Este», siempre en alianza informal o formal con los servicios de inteligencia estadounidenses y europeos.

Los indicadores económicos y sociales demuestran de manera concluyente que el «auténtico capitalismo existente» es muchísimo peor que el pleno empleo y el crecimiento moderado de los estados del bienestar que existían durante el anterior período socialista. Desde el punto de vista personal —en lo relativo a la seguridad pública y privada, el empleo, las pensiones y los ahorros— el sistema socialista fue un lugar mucho más seguro para vivir que las sociedades controladas por bandas capitalistas que las sustituyeron. Desde el punto de vista político, los estados comunistas fueron mucho más sensibles a las demandas sociales de los trabajadores, pusieron límite a las desigualdades económicas e, incluso, adaptándose a los intereses de la política exterior soviética, diversificaron, industrializaron y fueron propietarios de todos los principales sectores de la economía. Bajo el capitalismo, los políticos electorales de los antiguos estados comunistas vendieron a precio de rebaja todas las industrias principales a monopolios extranjeros o locales, crearon monstruosas desigualdades y dejaron de ocuparse de la salud y de los intereses de los trabajadores. Con respecto a la propiedad de los medios de comunicación, el monopolio estatal ha sido sustituido por monopolios extranjeros o nacionales, con similares efectos de homogenización. No hay dudas de que si se analizan de manera objetiva los datos comparativos entre los 15 años de «transición» capitalista y los 15 años anteriores de socialismo, el período socialista es superior en casi todos los indicadores de la calidad de la vida.

Comparemos ahora el socialismo cubano con los nuevos países capitalistas surgidos de Rusia, Europa del Este y el Asia meridional.

El socialismo cubano sufrió el duro golpe del giro al capitalismo en la URSS y Europa del Este. La producción industrial y el comercio disminuyeron un 60% y la ingesta calórica diaria de cada cubano cayó a la mitad. No obstante, la mortalidad infantil en Cuba siguió disminuyendo desde 11 casos por cada 1 000 nacidos vivos

El debate entre socialismo y capitalismo sigue en pie. De hecho, la Batalla de Ideas se está intensificando. Las agencias internacionales, incluidas las Naciones Unidas, la Organización Internacional de Trabajo (OIT), la Organización para la Agricultura y la Alimentación (FAO), la Organización Mundial de la Salud (OMS) y los informes de organizaciones no gubernamentales, de la UNESCO y de expertos económicos independientes, regionales y nacionales, son una buena prueba de que es necesario comparar las ventajas del capitalismo y del socialismo.

Las comparaciones entre países y regiones, antes y después del advenimiento del capitalismo en la Europa del Este, Rusia y la Europa Central, así como una comparación de Cuba con los antiguos países comunistas, nos proporcionan una base adecuada para sacar algunas conclusiones definitivas. Quince años de «transición al capitalismo» son un tiempo, más que adecuado, para juzgar el funcionamiento y el impacto de los políticos capitalistas, las privatizaciones, la política de libre mercado y otras medidas destinadas a restaurar la economía, la sociedad y el bienestar general de la población.

Resultados económicos: crecimiento, empleo y pobreza

Bajo el comunismo, las decisiones económicas y la propiedad eran nacionales y de dominio público. Durante los pasados quince años de transición al capitalismo, casi todas las industrias básicas, la energía, la minería, las comunicaciones, las infraestructuras y



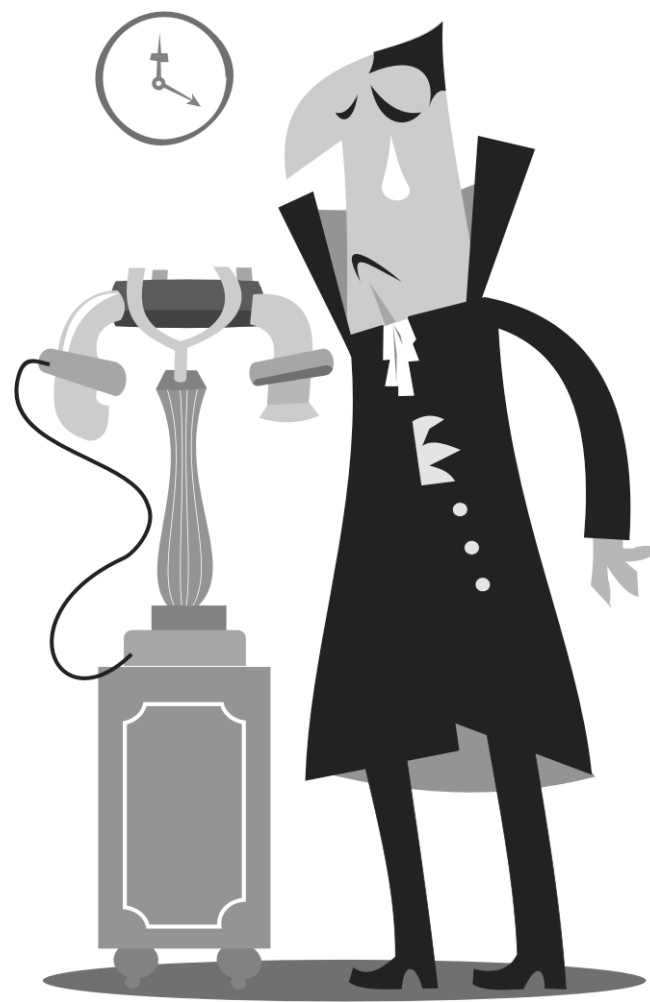
en 1989 a 6 en el 2003 (cifras que se comparan favorablemente con las de EE.UU.). Mientras que Rusia dedica solo el 3,8% de su PNB al gasto sanitario público y el 1,5% al privado, el presupuesto cubano asciende al 16,7%. Mientras que la esperanza de vida entre los varones bajó a 58 años en la Rusia capitalista, en la socialista Cuba se elevó a 74 años. Mientras que el paro creció hasta el 21% en la capitalista Polonia, disminuyó al 3% en Cuba. Mientras que las drogas y las bandas criminales campean por su respeto entre los nuevos países capitalistas, Cuba ha iniciado



programas educativos y de formación para la juventud en paro y paga salarios mientras se aprende un oficio y se obtiene un empleo. Los continuos avances científicos de Cuba en biotecnología y medicina son de categoría mundial, mientras que las infraestructuras científicas de los antiguos países comunistas se han derrumbado y sus científicos han emigrado o viven sin recursos. Cuba conserva su independencia política y económica, mientras que los nuevos países capitalistas se han convertido en clientes militares de EE.UU. y proporcionan mercenarios al servicio del imperio en los Balcanes, Afganistán e Iraq. Al contrario de los europeos orientales, que trabajan como soldados mercenarios para los EE.UU. en el Tercer Mundo, 14 000 médicos cubanos trabajan en algunas de las regiones más pobres en América Latina y África en cooperación con diversos gobiernos nacionales que han solicitado sus habilidades. Hay más de 500 médicos cubanos en Haití. En Cuba, la mayor parte de las industrias son nacionales y públicas, con enclaves de mercados privados y empresas conjuntas con capital extranjero. En los antiguos países comunistas, casi todas las industrias básicas son de propiedad extranjera, como lo son la mayor parte de los medios de comunicación y las «industrias de la cultura». Mientras que Cuba conserva una red social de seguridad para los alimentos básicos, la vivienda, la salud, la educación y los deportes, en los nuevos países capitalistas el «mercado» excluye del acceso a muchos de estos bienes y servicios a sectores sustanciales de los desempleados y de los trabajadores mal pagados.

Los datos comparativos sobre la economía y la sociedad demuestran que el «socialismo reformado» en Cuba ha sobrepasado enormemente el funcionamiento de los nuevos países capitalistas de Europa del Este y Rusia, por no hablar del Asia Central. Incluso con las consecuencias negativas de la crisis de principios de los 90 y del creciente sector del turismo, el clima moral y cultural de Cuba es mucho más sano que el de cualquiera de los regímenes corruptos dirigidos por mafias electorales, cómplices del tráfico de drogas, de las redes de prostitución y de subordinación al imperio estadounidense. De igual importancia es el hecho de que, mientras el SIDA infecta a millones de personas en Europa del Este y Rusia, Cuba tiene los mejores y más humanitarios programas de tratamiento y prevención del mundo para hacer frente a este flagelo. Fármacos antivirales gratuitos, tratamiento médico sin costo alguno, programas de salud pública bien organizados y educación sanitaria explican a la perfección por qué Cuba tiene la incidencia más baja de SIDA de los estados en vías de desarrollo, a pesar de la presencia de una prostitución en pequeña escala, relacionada con el turismo y los bajos ingresos.

El debate sobre la superioridad del socialismo y el capitalismo sigue en pie, porque lo que ha sustituido al socialismo tras el derrumbamiento de la URSS es mucho peor en todos los índices de importancia. El debate sigue en pie porque los logros de Cuba sobrepasan los de los nuevos países capitalistas y porque en



América Latina los nuevos movimientos sociales han llevado a cabo cambios en el autogobierno (los zapatistas), en la democratización de la propiedad de la tierra (el Movimiento Sin Tierras [MST], de Brasil) y en el control de los recursos naturales (Bolivia) muy superiores a cualquier cosa que el imperialismo estadounidense y el capitalismo local puedan ofrecer.

El socialismo actual es una nueva configuración que combina el estado del bienestar del pasado, los programas humanos sociales y las medidas de seguridad de Cuba con los experimentos de autonomía del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) y del MST. ¡Ojalá nos vaya bien! ▀

http://www.lajiribilla.cu/2004/n148_03/148_16.html



Aumentan las multas por indecencia en los medios.

Un comité de la Cámara sube a 500 mil dólares la penalidad por cada infracción.

WASHINGTON, DC (EFE) .— El Comité de Comercio y Energía de la Cámara de Representantes aprobó ayer mayores sanciones económicas contra los medios de radio y televisión que transmitan contenido «indecente» en sus programas.

La aprobación de la medida surge tras una racha de incidentes que caldearon los ánimos en el Congreso, desde el «destape» del seno de Janet Jackson el mes pasado hasta la transmisión de programas de radio con alto contenido sexual.

El Comité aprobó un aumento en las multas contra los infractores de las leyes federales de comunicación, de 275 mil dólares a 500 mil por cada infracción, como había recomendado la Comisión Federal de Comunicaciones (FCC).

hoja de parra



Ilustración: David

Los demócratas y republicanos en el Comité aprobaron, además, que la FCC realice audiencias, cuando sea necesario, para determinar si se revoca la licencia de un canal o estación de radio después de un total de tres violaciones a las leyes federales.

La agencia federal tendría un plazo de 180 días para investigar las quejas sobre la programación de las empresas afectadas, según el proyecto de ley que será llevado a votación en el pleno de la Cámara Baja.

El Senado analiza, por separado, su propia serie de medidas para combatir la «indecencia» en algunos de los programas transmitidos durante horas de mayor audiencia en el país.

Para proteger a la audiencia infantil, la FCC prohíbe que las estaciones de radio y los canales de televisión transmitan material con contenido sexual o escatológico entre las 6:00 a.m. y las 10:00 p.m.

Estos reglamentos no se aplican a las estaciones que transmiten por cable o satélite.

El pasado 26 de febrero, el Subcomité de Telecomunicaciones de la Cámara Baja realizó su segunda audiencia sobre el contenido «indecente» en los medios de comunicación.

En esa audiencia, ejecutivos de las cadenas ABC, NBC, Fox y Clear Channel Communications destacaron las medidas que han tomado para impedir la transmisión de contenido que podría considerarse «indecente».

La cadena Clear Channel, que suspendió el popular programa de Howard Stern —un personaje dado a la controversia— dijo que sus nuevos reglamentos incluirán posibles multas contra los infractores, suspensión de quienes violen los reglamentos federales y talleres de sensibilidad cultural para todos los empleados. ▀

http://www.lajiribilla.cu/2004/n148_03/elgranzoo2.html

PESCA HOMBRES

pesca hombres

Luego la marea de la charla alcanzó el tema de la soledad. Estaba allí, dijo el pintor, porque además de los bellos paisajes, la soledad, el silencio, ayudaban a la «pesca», la inspiración hacía que el pincel descargara, con un poco de talento y paciencia, que a fin de cuentas eran lo mismo, sobre el jamo del lienzo, todos esos colores y formas que al otro le habían parecido un diamante.

El hombrón, por su parte, afirmó que estaba allí por similares razones. Buscaba estar solo porque estaba hastiado del mundo que lo rodeaba. Se enfurecía con la gente. Dijo que era un incomprendido, que no tenía verdaderos amigos y que todos los que lo rodeaban lo hacían por su fama, porque era un escritor famoso.

De pronto, el americano se puso a gimotear como un chico.

Feijóo le ofreció una botella de whisky que traía en la proa del bote, pero el americano rehusó. Según dijo, aunque la bebida se había convertido para él en una manera de escapar del mundo, la mayor parte de las veces que bebía ya ni siquiera se emborrachaba. Definitivamente, sentenció, estaba atrapado en el mundo del que pretendía huir. De cierto modo, él también era una aguja ensartada y acechada por los tiburones.

Conmovido tal vez por sus propias palabras el hombre lloró aún con más fuerza.

Aunque era mucho más joven que el americano, el pintor le pasó la mano por la cabeza para tratar de consolarlo: Coño, chico, no debes llorar así. No debes ponerte así, y agregó: Nuestro problema es que somos unos fracasados hasta la muerte.

Al americano le gustó aquella frase acabada de pescar por el pintor y la saboreó con su voz de bajo. ¡Fracasados hasta la muerte!

Después, sin dejar de llorar, el hombrón se puso a cantar:

*Don't seat under the apple tree
with anyone else but me.*

A la hora de partir, el americano se encaprichó que llevaría a remolque al pintor hasta tierra. El cubano le dijo que no hacía falta, que podía remar solo. El otro insistió. Necesitaba hacer ejercicio. Por fin se pusieron de acuerdo y llegaron los dos remando al poblado de Cojímar.

En el muelle, una colección de chulos, putas y contrabandistas saludaba a su paso al americano llorón. «Heming, Heming», le decían.

Fue entonces cuando Feijóo descubrió que había estado hablando casi cuatro horas nada menos que con Ernest Hemingway, el famoso escritor norteamericano.

El escritor lo invitó a comer en el restaurante La Terraza y mientras daba cuentas de una langosta termidor, el pintor le comentó que *Adiós a las armas*, la única obra que había leído de él, era el resultado del trabajo de un artista o lo que era lo mismo, de un buen «pescador».

Fue necesario, le dijo el americano, tener cojones para hacerla. Muchos tienen el genio, pero no tienen los cojones. Dilapidan su genio porque no tienen el valor para hacer nada con él.

En otro momento de la conversación, el pintor dijo que ahora entendía por qué el escritor se sentía tan solo. Esta gente es como el agua sucia, le dijo refiriéndose al corro de putas, chulos y contrabandistas que rondaba al narrador: Todos están aquí por la propina que usted va a darles.

No me importa el color del agua, le replicó el hombre que unas horas antes, río adentro, se lamentaba como un crío de su fama. Lo que yo necesito es beberla. Busco la solidaridad. Por eso vengo a Cuba.

Pero aquí la vida es terrible, replicó el pintor.

Sí, pero en mi país es peor. Por lo menos aquí te sonríe cualquiera. Eso es verdad.

Luego, alguna que otra vez, volvieron a encontrarse, pero el solitario escritor estaba siempre rodeado de gente, de los «tiburones» de los que había buscado refugio, cual un castero herido, en la apacible y solitaria corriente del río Cojímar. ■

http://www.lajiribilla.cu/2004/n148_03/148_04.html

El coleccionista de mitos, sonetos, sones y paisajes cubanos había encallado su bote en un islote de arena con la intención de ponerse a pintar cuando vio acercarse en otro bote a un hombrón de 1,80 de estatura, fuertes músculos y la piel dorada por el sol. El hombre que había pasado remando muy cerca de él le preguntó en inglés si se podía arrimar. Feijóo accedió, a pesar de que no le gustaba que nadie le espantara los farallones y los peces de colores que atrapaba con la vara de su pincel.

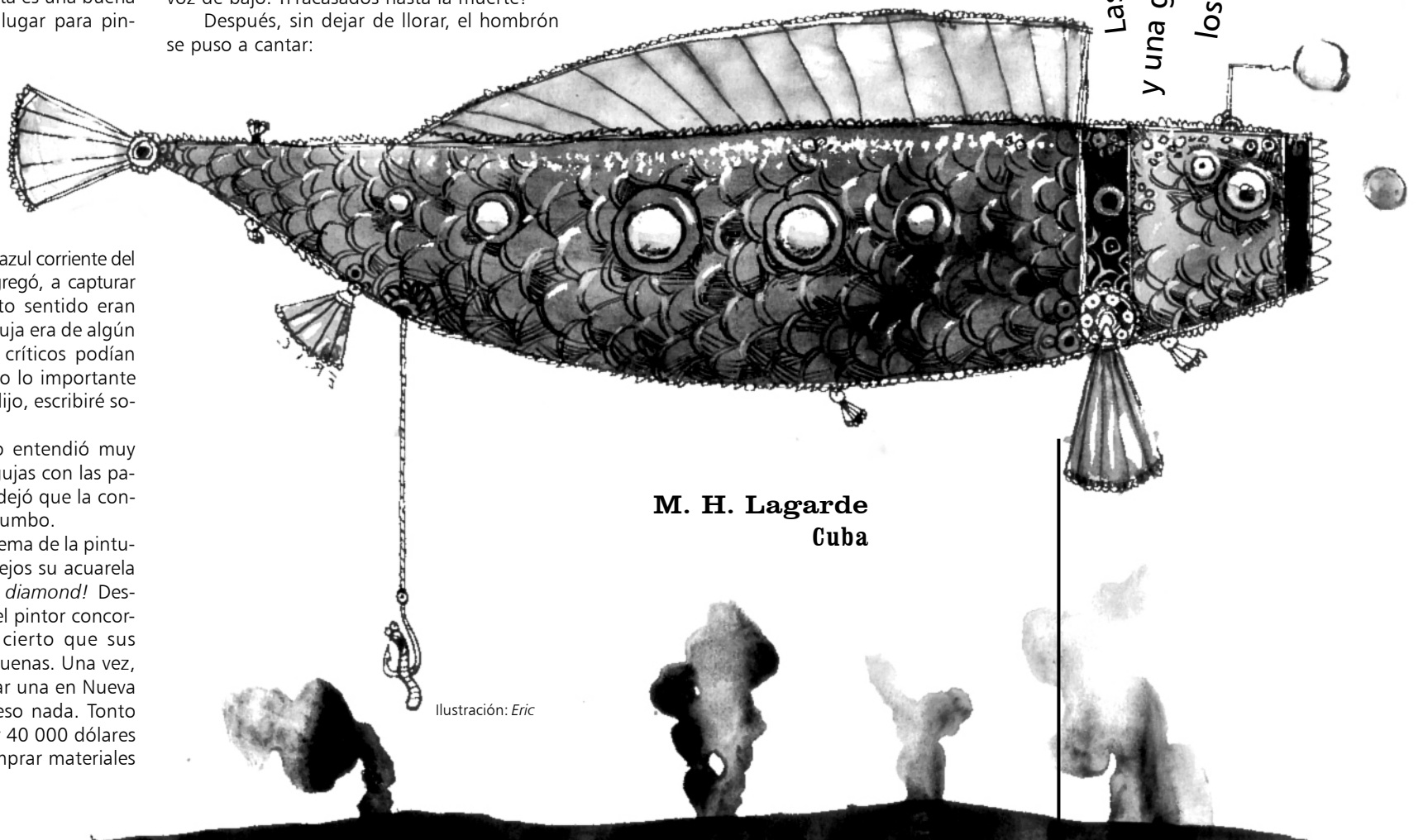
El otro «pescador» se sentó a su lado y alabó su fructífera «captura»: Esa acuarela es buena, dijo con ojos de experto el recién llegado. ¿Usted sabe de pintura?, le preguntó el pintor. Claro —dijo el hombrón. He estado en París y conozco bastante de eso. Y esta es una buena acuarela. Y este es un buen lugar para pintar.

Convencido de que mientras el americano estuviera allí no habría pesquería, se dieron a la charla cual dos viejos amigos. El hombrón dijo que, a diferencia del pintor, su fuerte era la pesca de altura. Nada había más fascinante que la caza de una aguja en la azul corriente del golfo. También se dedicaba, agregó, a capturar palabras. Las palabras en cierto sentido eran como los peces, y una gran aguja era de algún modo como una novela, los críticos podían destrozarla a dentelladas, pero lo importante era tratar de cazarla. Un día, dijo, escribiré sobre eso.

Al principio el cubano no entendió muy bien qué tenían que ver las agujas con las palabras, pero de todas formas dejó que la conversación siguiera su propio rumbo.

El hombre volvió sobre el tema de la pintura: Me detuve porque desde lejos su acuarela me pareció un diamante. ¡A diamond! Después de un elogio como ese, el pintor concordó con el otro en que era cierto que sus acuarelas eran buenas. Muy buenas. Una vez, dijo, Chagall me quiso cambiar una en Nueva York. Pero yo le dije que de eso nada. Tonto que fui. Ahora la vendería por 40 000 dólares y tendría dinero para comprar materiales que me hacen falta...

Las palabras en cierto sentido eran como los peces,
y una gran aguja era de algún modo como una novela,
los críticos podían destrozarla a dentelladas,
pero lo importante era tratar de cazarla.



M. H. Lagarde
Cuba

Ilustración: Eric



A riesgo de bordear un sentimentalismo de la peor especie, mas sin ánimo de someter el sentimiento a la tonta suspicacia de quienes creen estar siempre de regreso, un escritor puede decir que el mundo de hoy, lleno de sueños rotos y paraísos por venir —los sueños donde la utopía resbala sobre sus imperfecciones, los paraísos que titilan en una lejanía horizontal o vertical—, es lo suficientemente dúctil y proteico como para que jamás, a pesar de todo, dejemos de amarlo o dejemos de entenderlo como una dádiva marcada por lo bello. En 1820, un año antes de morir, John Keats aseguró en un poema célebre que la verdad es bella y que la belleza es intrínsecamente verdadera; advirtió, incluso, que eso es todo lo que sabemos y subrayó, para colmo, que tal conocimiento es una necesidad suficiente en sí misma.

La sobrearticulación de esa tipología de Keats con el mundo de hoy, o más bien con la idea que nos hacemos de él, pasa, es obvio, por el lenguaje, y los escritores, que intentan apresar las realidades invisibles de la existencia y las singularidades de la vida en tanto prácticas efables, son receptores de estos procesos e inventores gozosos del magma en que dichos procesos se asientan. Las palabras sostienen la inteligibilidad del mundo y este sobrevive, por así expresarnos, en sus interlocuciones.

No pasa un día sin que pongamos a prueba la fragilidad y la resistencia de nuestras escrituras en relación con la vida o el

anhelamos convertir lo ajeno después de la debida apropiación— capaz de fijarla. En el embudo están contenidos una emulsión de cultura y experiencia vital, un tipo de materia que vive, por así fantasear, en la sangre del escritor, pero que se asimila a su cuerpo entero, a la totalidad de su pensamiento.

Si no sabemos cómo hacer para que la cultura modifique, mejore o explique nuestra existencia o la existencia de los demás; si no sabemos cómo hacer para que la cultura represente o construya un misterio capaz de estremecernos o una revelación presta a avivar nuestro entusiasmo por el conocimiento de lo invisible, seremos escritores, mas no escritores. Las palabras son, en el regusto de su ejercicio, receptáculos minúsculos y poderosos de donde proviene todo y a donde va a parar todo. El compromiso existencial del escritor consiste en saber muy bien que la lucha por las palabras es una cuestión de vida o muerte, un dilema que se resuelve (si se toma en serio) entre la pervivencia de los textos y su desaparición, en peligro siempre (los textos) de hundirse en ese horizonte de silencio que fabrican los olvidos y las desmemorias.

El credo de la imaginación libre, de un lado, y el credo de la ilusión reificable (de acuerdo con los artificios que reproducen al yo y lo aproximan al verosímil artístico, o lo separan de él) o de la ilusión concrecionable por medio de las palabras, del otro lado, establecen de cierta manera una proporción con los dos milagros «sencillos» de la escritura. Vale decir, los dos milagros que obra el escritor cuando el peso de sus visiones está balanceado por el toque de las vivencias: la virtualización de la experiencia sensible y la agregación de lo real. La andadura del ser humano apuesta hoy demasiado por la vida y por la

belleza y verdad

(sobre el compromiso existencial del escritor)

mundo. Y cuando hablo de escrituras me refiero no solo (o no tanto) a los libros que escribimos, sino también (o sobre todo) a las fluencias pretextuales que habitan dentro de nosotros como incoaciones o pulsiones destinadas a brotar, alguna vez, entre el deseo y la sorpresa. Keats escribió su poema, «Oda a una urna griega», en medio de un incipiente *romantic milieu*, ciertamente, y sin embargo, aun cuando se trata de una oda y una urna (y griega por demás), su declaración se libra del emplazamiento histórico del romanticismo para inscribirse en un movimiento lógico de la sensibilidad, ese ir y venir transhistóricos donde se funda la universalidad de un espíritu.

Si nuestro compromiso es con la belleza y la verdad, entonces tal vez deberíamos entenderlo como la expresión de determinados actos de lenguaje (actos en definitiva forzosamente específicos) por medio de los cuales la vida se hace más comprensible y transformable, en la medida en que gana (o pierde) su misterio. De nada sirve sacarnos de adentro un texto que anhela adscribirse al credo de lo literario si al cabo ese texto no celebra, mínimamente, su propia existencia como epifanía, o acaso como victoria, a pesar de la destrucción y la muerte. Me refiero a una celebración mediata o mediatizada. Por otra parte, el espectáculo literario de la fealdad o de eso que algunos llaman decadencia, es tanto más lícito y plausible cuanto más interviene su lenguaje en la fabricación o enunciación de absolutos vitales, sean de la índole que sean, se empanen de unas sustancias u otras o jueguen con estructuras canónicas o anticánónicas.

La experiencia lingüística de la vida podría llegar a ser, examinada en su condición de mera frase, una irrelevancia tautológica. El remate de toda la experiencia, bien del pasado, del presente o del porvenir, se encuentra en el lenguaje. Origen y destino de nuestro diálogo con el mundo, las palabras quedan solas. Son la ceniza del fin y la energía del principio. Palabra y energía son cosas intercambiables, de manera que si leemos que en el principio era el Verbo, no deberíamos dudar de ello.

Belleza y verdad, enfrentadas en un espacio poco menos que abstracto —el de la literatura—, convocan o reactivan, una ética de la articulación de significados bajo la cual yace la vida misma y la experiencia del escritor. La escritura es eso que sale por la punta de un embudo imaginario y que se desliza, con mayor o menor suavidad (con mayor o menor rispidez), por encima de una superficie —un análogo de nuestra piel, del espejo donde solemos contemplarnos, del documento en que

muerte para que no nos detengamos en estas cuestiones, que son cruciales. El placer estético de las palabras es, también, el lenitivo de una inoculación (la de esos milagros) en cuya dosis hay, tal vez, cargas de conocimiento, moléculas de verdad, gotas de fe en el intercambio de los sujetos y otras tantas cosas. El gran triunfo de esa inoculación ha consistido siempre en mover, o conmover, la conciencia del individuo. Sacudirla con algo tan quebradizo y corpulento como el lenguaje de la literatura.

Más acá de las corrientes estilísticas, las adscripciones temáticas, el proceso gremial de la escritura y los esquemas críticos se encuentra el destierro sin máscaras del escritor en su paraíso o su infierno, el autoconfinamiento de la persona del escritor en su Avalon doméstico, su Citerea personal, hundido en sí mismo entre figuraciones inusitadas (o que anhelan serlo) y fantasmas carnales aptos para metamorfosearse en un ideal probable o en varios ideales donde la vida se tensa.

Que algo cambie después, aunque sea tan solo en el alma del otro (el espíritu de «un» otro), es la alta meta que se propone cumplir el solitario esgrimidor del lenguaje, porque sabe que la grandeza material e inmaterial del mundo se reúne y se expresa, además, en el interior del otro, ese interlocutor que asume la verdad y la belleza de las palabras con el desconcierto propio de quien cree en ellas al sentir detrás de su rumor una contumacia grave, que lo lleva de regreso a la vida. ▀

http://www.lajiribilla.cu/2004/n148_03/letrasolfa.html

Belleza y verdad, enfrentadas en un espacio poco menos que abstracto —el de la literatura—, convocan, o reactivan, una ética de la articulación de significados bajo la cual yace la vida misma y la experiencia del escritor.



Ilustración: Sarmento



Alberto Garrandés
Cuba

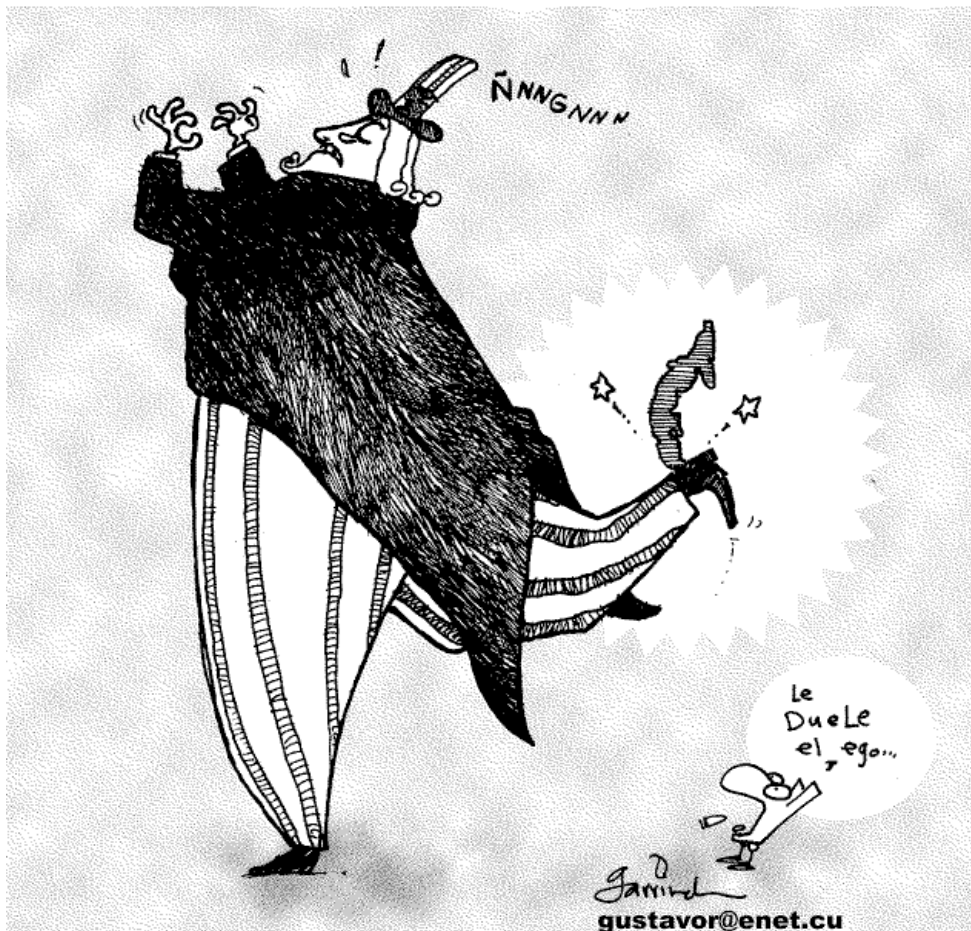


Adolfo Pérez Esquivel
Argentina

LA AMERICA PROTEGIDA

EL IMPERIO NO SE DETIENE CONTRA CUBA

la resistencia contra el imperio,



Como una espina en el corazón EE.UU. no se resigna a que un pequeño país como Cuba sea libre e independiente y no claudique frente a la gran potencia. Ha intentado miles de veces doblegar al pueblo cubano sin éxito; como a su Comandante y presidente Fidel Castro.

El imperio presionó y presiona a gobiernos y empresas para que no inviertan en Cuba y amenaza a los ciudadanos norteamericanos que intentan viajar.

Pero dicen que EE.UU. es un país democrático, mientras restringe la libertad de expresión y llega a bloquear los fondos de solidaridad con los cinco cubanos presos en los EE.UU., para que el pueblo norteamericano no conozca la verdad y la injusticia de las acusaciones y condenas contra los prisioneros.

Frente a esta situación de injusticia, hay gobiernos que miran para otro lado por miedo y no quieren irritar a la fiera y ser víctimas de las sanciones imperiales.

Organismos internacionales como la ONU, actúan según es el interlocutor o protagonista; cuando una gran potencia comete todo tipo de atropellos, invade otros países y bloquea a Cuba; responde con un rugido de ratón. Son lamentables tantos miedos y complicidades.

El pueblo norteamericano sufre una censura sistemática y desconoce lo que su gobierno realiza a nivel internacional; consumen noticias chatarra; como las hamburguesas, que les impide discernir valores y conductas que deben basarse en el derecho e igualdad para todos.

Ricardo Alarcón, presidente del Parlamento cubano, ha denunciado el bloqueo de los fondos solidarios de organizaciones sociales por parte del gobierno de Bush, para publicar en los EE.UU. una solicitada en *The New York Times*, sobre la situación de los cinco prisioneros cubanos.

Es necesario que toda persona y organizaciones solidarias, iglesias, movimientos sociales, se sumen a la resistencia por el derecho de los pueblos a su autodeterminación, a su dignidad y reclamen la libertad de los cinco prisioneros.

Reclamar la devolución de los recursos de las organizaciones solidarias con Cuba y el derecho del pueblo norteamericano a ser informado correctamente y a no ser manipulado.

Ya tuvo el pueblo de los EE.UU., como el mundo, los efectos de las mentiras sobre la guerra contra Iraq, que quisieron pasarlas por verdades para justificar las masacres y destrucción de ese pueblo.

La resistencia de los pueblos es fundamental para impedir que el imperio continúe atropellando y sometiendo a los países bajo su dominación.

Creo que estamos en un punto de inflexión internacional para preservar la libertad; que no se regala, se conquista con el coraje y decisión de los pueblos en construir nuevos paradigmas de vida.

La solidaridad es recíproca y lo que hoy ocurre en Cuba y otras partes del mundo nos debe servir de ejemplo para resistir y apoyar a un pueblo hermano. ▀

http://www.lajiribilla.cu/2004/n147_02/147_20.html

Jefe de Redacción:

Nirma Acosta
Diseño:
Eduardo Sarmiento
Daríen Sánchez
Ilustraciones:
Camaleón



Realización:

Isel Barroso
Webmasters:
René Hernández
Janios Menéndez
Corrección:
Odalys Borrell
Grechel Calzadilla

Consejo de Redacción:

Manuel H. Lagarde
Julio C. Guancho
Rogelio Riverón
Bladimir Zamora
Omar Valiño
Joel del Río
Daniel García
Ernesto Sierra
Jorge Ángel Pérez

Instituto Cubano del Libro, Palacio del Segundo Cabo
O'Reilly #14 esq. Tacón, La Habana Vieja.
☎862 8091 ✉jiribilla@cubarte.cult.cu Precio: \$1.00
www.lajiribilla.cubaweb.cu www.lajiribilla.cu
Impreso en los talleres del Combinado Poligráfico Granma

